BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

FORMULA PARA DISOLVER PLANETAS

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION



FÓRMULA PARA DISOLVER PLANETAS

GLENN PARRISH

CAPÍTULO PRIMERO

Inesperadamente, aparecieron los ittrexitas, o sea, los nativos de Ittrex.

En realidad, ese nombre se escribía y se pronunciaba de muy distinta forma en su idioma, pero la grafía terrestre citada es la más aproximada a la ittrexita, de modo que seguiremos así durante el presente relato.

Cuando llegaron los ittrexitas, se derrumbaron todas las leyendas sobre OVNI, platillos voladores y misteriosas naves espaciales. Al fin, había extraterrestres en nuestro planeta.

Y es preciso convenir en que eran gente buena y simpática y, naturalmente, civilizada como no podíamos imaginar, porque viajar a lo largo de setenta y tantos años luz, que es la distancia que separa a Ittrex de la Tierra, en cuestión de semanas, no es cosa que esté al alcance de cualquiera. Pero además poseían otros adelantos tecnológicos de los cuales no teníamos siquiera la menor idea.

En resumen, y a primera vista, los terrestres, comparados con los ittrexitas, éramos seres de la Edad de Piedra.

Pero los ittrexitas también tenían su punto flaco, quiero decir que, en cierto modo, eran como el gigante de bronce con pies de barro.

Aquí llegaron como amigos, no faltaría más, y ciertamente, en ningún momento dieron sensación de haber arribado en plan de conquistadores, ni mucho menos con intenciones hostiles. Sin embargo, no compartieron con nosotros muchos de sus adelantos, algunos de los cuales, como se verá más adelante, no eran solamente técnicos. Pero la verdad es que, en conjunto, no teníamos motivos para quejarnos de ellos.

Además, no vinieron muchos. Podría decirse que se trataba de una misión exploradora, entre cuyos objetivos figuraba el de establecer relaciones diplomáticas con la Tierra, lo que llevaría, lógicamente, al intercambio cultural y a los tratados comerciales. En total, creo que llegaron un par de docenas en la primera oleada, aunque, sucesivamente, ese número fue aumentando hasta alcanzar una cifra

próxima al centenar.
Al principio hubo mucha curiosidad, claro. Luego, ya menos. Finalmente, ni caso se les hacía.
Y salvo por las imágenes gráficas de la televisión o los diarios y revistas impresos, la mayoría de los terrestres no habían visto jamás a un ittrexita.
Yo, por ejemplo, Joseph Richard Buckner, Joe para lo que gusten mandar, no había visto un ittrexita ni a cien millas de distancia.
Tampoco me preocupaba mucho de los ittrexitas. Era lógico, puesto que por aquellas calendas yo andaba subiéndome por las paredes a causa de una chiquilla de pelo negro y ojos verdosos, llamada Hester Lavery, hija única de Holt P. Lavery, burlonamente apodado Rey de las Moléculas.
A mi futuro suegro, el apodo le ponía fuera de sí. Pero no cabía la menor duda de que, merced precisamente a esas moléculas, había amasado una fortuna que le hubiese permitido, de haberlo deseado, erigir una segunda pirámide de Cheops con lingotes de oro.
Así era de rico el papá de Hester. En cambio, yo, su futuro yerno, era solamente uno de los empleados de su alto Estado Mayor de oficinas, ciertamente, un núcleo selecto que se ocupaba de dirigir las numerosas empresas del Rey de las Moléculas y al que no accedían precisamente los analfabetos, dicho sea sin ánimo de ofender. (Aunque no creo que ningún analfabeto se ofenda, porque, como no me podrá leer…)
Y en esta época, cuando ya faltaban pocas semanas para mi boda con Hester y cuando mis colegas del staff empezaban ya a mirarme con bastante respeto, porque se daban cuenta de que un día yo iba a ser el amo, es cuando da comienzo la historia.
Que no se puede decir que fuese demasiado feliz en sus comienzos.

* * *

Para ser sinceros, es preciso declarar que mi futuro suegro y yo no habíamos congeniado nunca demasiado, a, pesar de ser él quien me había llamado a ocupar uno de los puestos en su Estado Mayor. Siempre he pecado de un exceso de sinceridad, lo que en más de una ocasión me ha acarreado un disgusto, y aunque no me he mostrado orgulloso de mis conocimientos y sabiduría, he procurado siempre mantener mis puntos de vista, cuando sé que me asiste la razón. Por eso, Lavery y yo habíamos chocado varias veces y, en más de una, la discusión había estado al borde de la agresión personal.
La verdad es que yo empezaba a sospechar que Hester me había elegido como se elige a un cachorrillo de pekinés y que su papá, que no le negaba ningún capricho, había accedido a la boda. «Ya se

cansará», debía de pensar. Y cuando Hester se cansase de mí, me despediría, con un puñado de billetes en el bolsillo, como se despide a un empleado ineficaz. Pero, en general, procuraba no mezclar los sentimientos con el trabajo. En suma, el amor que sentía por la chica no interfería en absoluto mis trabajos.
Y entonces, inesperadamente, mi suegro en potencia me planteó un día el hermoso negocio que estaba a punto de finalizar.
--Los ittrexitas quieren comprarme la patente --dijo--. Están dispuestos a pagar lo que les pida. ¿Qué te parece, Joe?
A mí, aquellas declaraciones, después de haber oído maravillas de los naturales de Ittrex, me parecieron absurdas.
--Pero si ellos son mucho más civilizados que nosotros --manifesté--. Es cierto que la patente de desconexión molecular representa un adelanto tecnológico de enorme importancia, pero ¿cómo es que ellos no han sabido desarrollar primero la teoría y luego los aparatos que permiten ponerlos en práctica?
--No lo sé, y no se lo he preguntado. Sólo quería conocer tu opinión, Joe.
--El asunto podría resultar interesante, si...
--¿Sí? --dijo Lavery.
--Si ellos estuvieran dispuestos a hacer un intercambio tecnológico.
--No te entiendo, Joe --gruñó el padre de Hester.
--Está claro. Su patente contra la de ellos, la que les permite viajar a través del subespacio, a velocidades cientos de veces superiores a la de la luz.
--¡Bah, ¡qué tontería! Eso no me interesa nada. Lo que quiero es dinero. ¡Viajar a otros planetas, qué estupidez! Joe, ¿se te han ablandado los sesos? Lo que quiero es que paguen bien, para dejaros a ti y a Hester un buen pasar...
Elevé los ojos al cielo. «Un buen pasar», repetí mentalmente. Un millón de hombres, contando billetes de a dólar, a uno por minuto, habrían estado trabajando sin parar durante un año... y al finalizar ese plazo, aún no se conocería el monto total de la fortuna de Lavery. ¡Y aún quería más dinero!
--Entonces, haga lo que quiera --contesté, indiferente.
--Ese no es el consejo que esperaba de ti, Joe.
--Se lo he dado y usted no lo acepta --repliqué instantáneamente.
--Joe, no seas insolente...
--Usted me pidió una opinión y la he expresado, demonios. Si ya tenía pensado pedir una suma de dinero por la patente, ¿por qué diablos me ha preguntado qué pensaba yo sobre el particular? Para eso, tanto daba que hubiese hablado con la pared, digo yo.
El índice de mi suegro me apuntó agresivamente. ¡Dios cómo odiaba yo aquel dedo! A cada momento, lo estaba usando para apoyar sus

palabras: «Usted hará esto, usted hará lo otro, tráigame aquel papel, llame a Fulano, insulte a Zutano en mi nombre... Y siempre el dedo por delante.

Me dieron ganas de cortárselo de un mordisco..., o mejor, inventar un procedimiento para desenroscárselo y guardármelo durante una temporada, hasta que hubiese perdido tan nefasta costumbre. Pero, aunque soy sincero hablando, también es verdad que resulto muy pacífico y que lo que menos me gustaría sería enzarzarme en una pelea física. Así pues, seguía mirando el dedo y conteniendo las ganas de quitárselo a su dueño.

--Joe, te ordeno redactes un estudio preliminar sobre cesión de la patente. Ven a verme cuando lo hayas terminado.

--Se lo diré a Ben Bates --contestó.

--¿Por qué a ese inútil? --bramó el señor Lavery--. Tu puedes hacerlo cien veces mejor.

--Lo que usted me pide lo haría sin dificultad el último chupatintas de la empresa. A mí me gustaría mejor llevar las negociaciones sobre intercambio de patentes. Resultaría infinitamente más beneficioso, créame.,

--¡No me discutáis, Joe! Hazlo que te he ordenado.

--Lo hará Bates --contesté yo, testarudo.

Los ojos de Lavery despidieron llamas.

--Joe, ¿quieres casarte con Hester o no? --me preguntó.

Y seguía apuntándome con su maldito dedo índice.

No sé qué me pasó en aquel momento. Agarré el índice y lo hice girar hacia la izquierda.

En el diván cercano, «Jove», el gato persa favorito de Lavery, roncaba apaciblemente. Ni siquiera se había despertado mientras hablábamos poco menos que a voz en cuello.

Yo seguí haciendo girar el índice de mi futuro suegro, hasta que lo hube separado de su mano. Entonces, di media vuelta y se lo arrojé al gato.

--¡Toma, «Jove»!

El dedo cayó delante de su hocico. «Jove» bufó un instante, pero luego, reaccionando, agarró el dedo con los dientes, saltó del diván y echó a correr en busca de un rincón seguro donde poder ingerir el bocado tan apetitoso que le había llovido del cielo.

--¡Mi dedo! --gimió Lavery.

Y echó a correr en persecución del gato, que ya había salido al jardín.

--¡«Jove»., «Jove», devuélveme mi dedo! --gritaba Lavery, sin dejar de correr, en persecución del felino.

Yo me fui hacia la mesa de los licores y agarré una botella y un vaso. Cuando ya iba por la segunda ronda, entró Hester.

--¡Joe! ¿Qué le ocurre a papá? Anda detrás del gato como un loco,

pidiéndole no sé qué de un dedo...
--Miré a mi novia con ojos ya un poco turbios.
--Me enfadé con él, me apuntó con su maldito índice y se lo desenrosqué y se lo eché al gato...
Hester se quedó con la boca abierta.
--Estás borracho, Joe --dijo de malísimo talante.
--No, todavía no..., pero lo voy a estar dentro de cinco minutos-contesté, un segundo antes de atizarle al vaso otro buen meneo.
--¡Por el amor de Dios, Joe! --gritó ella, exasperada.
La voz de su padre llegó desde un lejano rincón del jardín:
--«Jove», gatito mío, devuélveme mi dedito...
Hester se puso una mano en la boca.
--Locos, los dos os habéis vuelto locos --dijo.
--Sí --confirmé.
Y como ya no podía soportar más aquella situación, di media vuelta y me marché de casa de Hester, odiándome a mí mismo, a la patente de la descohesión molecular, a los ittrexitas... a todo el mundo, en suma.

CAPÍTULO II

Cuando desperté, veinticuatro horas más tarde, estaba en las condiciones que son fáciles de imaginar. Más que caminar hacia el cuarto de baño, me arrastré y conseguí ponerme bajo la ducha. Luego necesité medio litro de café puro y bien cargado, con dos aspirinas, para disipar un tanto los efectos de la resaca.
Media hora después me sentía un poco mejor, pero aún seguía considerándome un hombre desdichado. Le había quitado el dedo índice al padre de Hester. «¿Acaso yo disponía de poderes sobrenaturales?», me pregunté.
Sin duda, debía de tratarse de un sueño. No, un dedo no se desenrosca como si fuese el adorno del pasamanos de una escalera. Sin duda lo había soñado, pero, como fuese, debía ofrecerle mis disculpas a Lavery. Podía tener muchos defectos, pero también una virtud: era el padre de Hester. Y, de cualquier forma que se mire, yo amaba a la chica."
El dinero no me importaba, y no lo digo por falsa modestia. Hester, claro, tenía sus defectos, pero yo esperaba despojarle de la mayoría de ellos cuando estuviésemos casados. Pero si no me excusaba ante su padre, la boda no tendría lugar nunca.
Salí a la calle. Mi monorrueda estaba delante de la casa. Debía de haberlo dejado allí la víspera, en lugar de entrarlo en el garaje. «Cómo estabas, Joe», me dije. Entonces vi a un individuo que tenía medio cuerpo dentro del aparato. Parecía hurgar en sus mandos... o tal vez

era un ladrón, pero el caso es que yo me puse furioso y lo agarré por el cuello de su camisa.
--¡Eh, tú, deja eso o te voy a dar una patada en el trasero, que irás a parar al otro lado de la ciudad!
El hombre se volvió, sonriendo desdeñosamente.
--¿Tú, mequetrefe? --se burló.
Era un tipo muy grandote. Lo menos medía dos metros y pesaba cien kilos. Yo soy un hombre más bien normal, menos de uno ochenta y con setenta y dos kilos sobre los huesos. No cabía ni qué soñar en una pelea en la que, indefectiblemente, resultaría derrotado.
Pero, a lo que parece, en aquella época, yo tenía muy malas pulgas y no me arredré ante la actitud burlona del sujeto.
--Ahora verás --dije.
Y, agarrándolo por los hombros, le hice girar en redondo. Luego disparé el pie derecho.
El tipo se elevó por los aires, describiendo una larguísima parábola. En pocos segundos se perdió de vista, Yo me tambaleé y tuve que apoyarme en el vehículo.
¿Qué me estaba pasando?
El día anterior, había deseado desenroscar un dedo y lo había conseguido. Ahora, le digo a un tipo que voy a darle una patada que lo haré ir hasta la otra punta de la ciudad... y sale tal como pienso.
¿Me había convertido en un fenómeno?
Bruscamente, alguien me preguntó:
--¿Se siente mal, caballero?
Hice un esfuerzo y volví la cabeza. Delante de mí había una atractiva muchacha, de pelo claro y ojos muy azules, que me miraba sonriendo encantadoramente.
--He visto lo sucedido --siguió diciendo ella--. ¡Caramba, vaya potencia que tiene usted en la pierna derecha!
--Eso..., eso no es cierto... --gemí--. Ha sido una alucinación...
--No lo crea, caballero --siguió la rubia--. El sujeto ha ido a parar al otro lado de la ciudad; Y ha hecho bien, porque seguramente quería hacerle daño. ¿Me permite?
Antes de que pudiera hacer nada, la chica se metió en el monorrueda, hurgó en los mandos y salió, con una caja negra, oblonga, en las manos.
--Quería ponerle una bomba --dijo.
Yo la miraba estúpidamente, sin llegarme a creer lo que tenía delante de los ojos.
--U.. na... bom.. ba...
--Sí, pero ya no hay peligro alguno --sonrió la chica--. Puede viajar tranquilamente.
Ella se dispuso a marchar, pero yo reaccioné a tiempo y la agarré por

un brazo.
--Oiga...
--¿Sí?
--¿Quién es usted?
--Me llamo Phoebe. Adiós, Joe.
Y esta vez, la chica se marchó y se perdió entre la multitud que transitaba por la acera, dejándome estupefacto y sin saber qué pensar.
Pero al cabo de unos minutos, haciendo un esfuerzo, conseguí volver a la realidad. Entré en el monorrueda, programé la ruta que debía seguir para llegar a la casa de mi suegro y di el contacto. La minicomputadora direccional haría el resto.
Mi suegro me recibió de uñas, valga la expresión, porque cinco de ellas estaban ocultas por un aparatoso vendaje que le ocultaba por completo la mano derecha. Bueno, cuatro uñas, ya que la quinta...
--Señor Lavery, su dedo...
--Deja mi dedo en paz; ya hablaremos de eso más adelante --refunfuñó el padre de Hester--. Ahora quiero presentarte al señor Sturb, de Ittrex.
Preocupado como estaba, no me había fijado en el individuo que se hallaba en el despacho. A pesar de que tenía el cerebro como una caldera en ebullición, no pude por menos de sentir algo extraño al hallarme en presencia de una persona no nacida en la Tierra.
Tratábase de un sujeto altísimo, lo menos dos metros diez, delgado como una lanza y de cráneo mondo y en forma de pera. Los ojos eran muy negros, pero relucían como brasas. La nariz era aguileña y la boca parecía una simple abertura horizontal en el rostro. Su indumentaria consistía en una larga túnica de color marfil, adornada con una rarísima greca en la que predominaban los colores rojo y oro. La túnica dejaba los brazos desnudos, lo que permitía ver el enorme brazalete de oro y piedras preciosas que llevaba encima del codo izquierdo. De no haber sido por su piel blancuzca, de vientre de pez, habría dicho que estaba ante un massai de Kenya. Le faltaban la lanza y el arco y las flechas, claro, pero la semejanza era pasmosa.
--Señor Sturb... --dije, cortésmente.
--El señor Lavery me ha hablado mucho y bien de usted, señor Buckner --manifestó Sturb con voz sorprendentemente agradable--. Creo que nos entenderemos sin demasiadas dificultades.
--¿Lo ves, Joe? --exclamó mi suegro--. El señor Sturb tiene plenos deberes de su Gobierno para firmar el contrato de la patente sobre la descohesión molecular.
--Estamos dispuestos a pagar lo que se nos pida --dijo Sturb--. Naturalmente, es preciso discutir las condiciones del pacto..., lo que ustedes llaman letra menuda del contrato...
Me encaré con el ittrexita.
--Señor Sturb, ¿está usted dispuesto a facilitarnos los datos

tecnológicos de su sistema de vuelos interplanetarios? --pregunté.
El hombre respingó.
--Nosotros no podemos...
--Creo que la mejor forma de establecer un contrato es el cambio de patentes: la descohesión molecular por sus sistemas de vuelo interplanetario --insistí.
--¡Joe! --bramó mi suegro--. El señor Sturb no está autorizado para...
--Pues que pida autorización --corté, tajante--. Si tan adelantados están en Ittrex, ¿cómo no han descubierto todavía los secretos de la descohesión molecular, aplicados a la extracción de sustancias minerales del subsuelo?
--Joe, no tientes mi paciencia...
--Señor Lavery, ayer le di mi opinión y no ha variado un ápice --respondí--. Si quiere ceder su patente a cambio de dinero, busque a otro para que realice la operación. Conmigo no cuente..., aunque esta negativa me cueste el despido.
--Puede costarte algo más, Joe --avisó Lavery, malévolamente.
--¿Ha contado con Hester?
Lavery puso el índice izquierdo sobre un botón situado en su mesa. La puerta se abrió al cabo de unos segundos.
Hester entró en el despacho.
--¿Papá?
--Hester, hija, anda, dile a Joe cuál es tu forma de pensar sobre lo que hemos discutido tú y yo durante el desayuno.
Mi novia me miró largamente.
--Joe, haz lo que te dice papá o no me casaré contigo --dijo.
Hubo un instante de silencio. Yo sentía fijas sobre mí las miradas de los tres personajes: Lavery, Hester... y Sturb.
¿Por qué me obstinaba yo en no ceder?
¿Qué misterioso impulso me llevaba a rechazar aquella fórmula para la cesión de la patente?
Bien mirado, a mí no debiera importarme que mi suegro quisiera dinero a cambio de la patente. Más heredaríamos cuando se muriese.
Pero había algo que me impulsaba a, no tomar parte en el negocio, si no se "hacía bajo mis condiciones: patente por patente.
--Lo siento --contesté.
Antes de que nadie pudiera añadir una sola palabra, se abrió la puerta del despacho y una doncella apareció en el umbral.
--Señor, ha llegado el psiquiatra... --dijo.
--¡Que se vaya al infierno! --vociferó Lavery, fuera de sí--.Joe, ¿es ésa tu última palabra?
--Si, señor --respondí, sin alterarme.
--Entonces...
Pero Lavery no pudo seguir hablando. «Jove» apareció de repente en

el antepecho de la ventana situada a su izquierda.
--¡Mi dedo! --chilló el padre de Hester, a la vez que se ponía en pie de un salto--. Devuélveme mi dedo, condenado gato...
«Jove» abandonó su posición y echó a correr velozmente, atravesando el despacho en un santiamén. Sturb tenía una imponente cara de idiota.
Gato y amo salieron de la estancia, corriendo como locos. Yo empecé a pensar en la conveniencia de una segunda borrachera.
Fuera del despacho se oyó una voz:
--¡Señor Lavery, ese gato no lleva ningún dedo!
Era el psiquiatra. Imagínense ustedes: mi ya ex suegro era tan rico que se traía el psiquiatra a su casa, en lugar de ir él al consultorio.
--¡Condenado matasanos! --bramó Lavery--. Le digo que me falta el dedo... Mire, mire mi mano...
Hester, Sturb y yo habíamos abandonado el despacho. Lavery se quitaba el vendaje de la mano con movimientos frenéticos. El doctor Harthard, un hombre más bien obeso y apacible, con grandes lentes de concha, le contemplaba interesadamente.
--Mire, doctor... --Lavery alzó su mano derecha--. ¿No ve que me falta el dedo índice? ¡Ese maldito Joe me lo desenroscó...!
--Es cierto --admití.
--Sí, doctor --dijo Hester--; a papá le falta el dedo índice.
--Un suceso muy extraño --comentó Sturb.
Harthard nos miró a todos sucesivamente. Luego, de pronto, agarró el maletín y se dirigió hacia la salida.
--¡Basta! --dijo, por encima del hombro--. Ustedes pueden seguir con su disparatada locura, pero yo no quiero volverme loco.
Harthard cerró de un portazo que hizo retemblar las paredes de la casa. Hester se volvió hacia mí.
--Te odio, Joe Buckner --exclamó--. Hacerle eso a mi papaíto querido... No te lo perdonaré jamás, ¿me oyes? Nunca, nunca..., así que ya estás tomando el portante...
--No hace falta que me lo repitas dos veces. Adiós.
El segundo portazo mío hizo caer un par de cuadros del vestíbulo. Y yo subí a mi monorrueda, pensando con delicia en el medio litro de whisky o así que iba a utilizar para olvidar las cosas tan absurdas que me estaban pasando.

* * *

Antes de tomar el primer trago, sin embargo, estuve dando vueltas a bordo del monorrueda, con objeto de serenarme y estudiar con ánimo más apaciguado las cosas que me habían sucedido. Pero, por más que lo intentaba, no acababa de comprender lo que ocurría.

Dejé a un lado el maldito dedo de mi ex suegro, no lo entendía y cada vez me ponía de peor humor. En cambio, procuré concentrarme en la patente de la descohesión molecular, la fórmula que había convertido a Lavery en el hombre más rico de todos los tiempos, y ello incluye cualquier nombre que el lector pueda recordar.
Esa patente era una especie de panacea, una fórmula mágica que, puede decirse, lo conseguía todo. Pero los ittrexitas no la tenían, es decir, no conocían la descohesión molecular. ¿Acaso eran menos adelantados de lo que habían presumido desde un principio?
Estaba sumido en un mar de dudas y no sabía cómo llegar a la orilla. Pero lo peor de todo era que, veinticuatro horas antes, era el hombre más feliz de la Tierra y ahora no sólo podía considerarme como despedido del empleo, sino que había perdido también a mi novia.
Hester..., ¿cómo era posible que ella prefiriese ponerse al lado de su padre, sin estar enterada de la cuestión?
Ni siquiera había intentado una solución de compromiso. No; se había limitado a actuar de la forma que quería Lavery. "O haces lo que te dice papá o te casas conmigo". Diablos, hay precios que un hombre no puede pagar, por mucho que pueda obtener de la abdicación de su dignidad. Y yo no quería convertirme en una máquina de decir «sí, señor» a cada minuto.
Que era lo que me esperaba, si llegaba a casarme con Hester.
Pero como ella me había despedido, ese género de vida había desaparecido ya de mi futuro. Y, cosa rara, no lo lamentaba en absoluto.
Al fin, cuando me cansé de dar vueltas con el monorrueda, decidí que ya era hora de tomarme un trago.

CAPÍTULO III

El local era pequeño, agradable y discreto. Sentada a la barra, habla una mujer, en la cual no me fija de inmediato. Yo ocupé un taburete y pedí un doble de escocés. Entonces, ella reparó en mi y lanzó una exclamación:
--¡Joe!
Volví la cabeza. Ella sonreía muy agradablemente. Estaba un poco cambiada, pero la reconocí en el acto.
--¡Maud Krawloo!
Bajé del taburete y me acerqué a ella, con las manos extendidas. Maud era una hermosa pelirroja, de unos treinta años, es decir, dos más que yo, de figura opulenta y ojos de fuego. Tiempo atrás, había habido algo muy agradable entre ambos, pero el asunto se apagó, apenas empecé a poner los ojos en Hester.

--Estás más guapa que nunca, Maud --dije, después de besarla en ambas mejillas.
--Me extraña que digas una cosa semejante --rió ella--. Oye, ¿no te perjudicará que te vean aquí conmigo?
Maud aludía a mi noviazgo, sin saber lo que había pasado. I --Hemos roto --contesté i|. --Oh...
--Mejor dicho, ella me ha dado la patada.
--Hester, ¿eh? La hija de papá, orgullosa de sus incontables millones y pagada de su linda figura. Siempre pensé que esto no podría llegar a buen puerto, Joe, aunque, como comprenderás, no iba a decírtelo. Eras tú el que tenía que verlo por sí mismo.
--Tienes razón --admití--. Las cosas no han salido tal como pensaba.
--Bueno, no te preocupes --dijo ella, jovialmente--. Hay más mujeres en este mundo...
Yo la miré fijamente y puse la vista en el atractivo escote de su vestido deliberadamente anticuado, un escote cuyos encantos conocía por experiencias pasadas..., harto sabrosas. Maud podía ser un buen remedio para empezar a olvidar, me dije.
El barman puso ante mí un vaso.
--Su whisky, señor --anunció.
Agarré el vaso y lo alcé con la mano derecha.
--Por nuestro encuentro, Maud --anuncié.
Los ojos de la joven encerraban un mundo de promesas. Yo me llevé el vaso a los labios, pero apenas había probado un poco de licor, lo escupí a un lado.
--Mozo, este whisky es meada de caballo --dije brutalmente.
El barman se encrespó.
--Señor, usted me está insultando --contestó--. Es el mejor whisky que se elabora en Kentucky...
--Si éste es el mejor whisky de Kentucky, yo soy un caníbal de Nueva Guinea y usted el tonto más tonto de todos los tontos del mundo --contesté belicosamente.
El barman puso ambas manos sobre el mostrador, disponiéndose a saltar al otro lado para castigar mi insolencia. Maud, rápida, tiró de mi brazo.
--Déjalo, Sam, no le hagas caso. El señor Buckner ha trabajado mucho últimamente y está fatigado... Vamos, Joe; en mi casa podrás descansar...
--Sí, será mejor que se vayan .--convino el malhumorado barman.
Cuando salimos a la calle, me pasé una mano por la cara.
--No sé lo que me sucede...
--Olvídalo, no te preocupes --sonrió ella --. La verdad es que, a veces, el whisky de Sam es una purga. En casa tengo un buen jerez; seguramente, te sentará mejor. Es decir, si quieres aceptar la,

invitación...
Miré a Maud y sonreí.
--Encantado --dije.
Un cuarto de hora más tarde estábamos en el apartamento de Maud. Ella dijo que iba a cambiarse y que yo podía tomarme una copa mientras. Llené dos y encendí el televisor para distraerme un rato. Estaban dando un boletín de noticias y hubo una que me chocó extraordinariamente:
«Ha sido rescatado, en la copa de un gran abeto del Parque Greenpeak, un individuo llamado Henry Groyland, alias Harry the Kid, según fuentes policiales. Groyland declaró haber llegado a la copa del abeto, en virtud de una monumental patada que le propinó un sujeto en la avenida Bultington... Groyland ha sido conducido inmediatamente a un centro psiquiátrico...»
Me quedé de piedra. ¿Estaba volviéndome loco?
El dedo de Lavery, el tipo volando por los aires a causa de la patada que le había propinado... El whisky con sabor a orina de caballo...
Maud salió y me vio petrificado ante el televisor.
--¡Eh, Joe, despierta, estoy aquí!
Me volví. Lo que Maud llevaba sobre su cuerpo podía calificarse de tela, de araña de color amarillo pálido. Era un tejido tan fino, que un mosquito con reúma en las alas hubiera podido romperlo con facilidad en su vuelo. Maud sabía muy bien cómo ataviarse para ciertas ocasiones.
--Mi copa, querido.
--Sí, sí... No quise mencionar a Harry el Niño. Ya tenía bastante con el jaleo en el bar de Sam. Le di la copa, ella probó un poco de aquel delicioso jerez y después de dejarla a un lado, me echó los brazos al cuello.
--A ver si olvidas a Hester Lavery --susurró.
Empezamos a besuquearnos. Yo me dije que, puesto que la ocasión se presentaba tan agradable, ¿por qué no aceptar las cosas como venían?
Maud parecía no llevar nada encima. Pero, a los cinco minutos, se separó un poco y me miró extrañada.
--¿Qué te pasa, Joe? Estás como un témpano de hielo...
--Oh, no, no, nada de eso. Todo lo contrario, te deseo más que nunca.
--Aguarda un momento y verás...
Volví a besarla, pero casi en el acto la rechacé con brusquedad.
--Has estado comiendo ajos --afirmé.
--¿Qué...?--gritó ella.
--Lo que oyes, Tienes un aliento insoportable.
Maud no pudo contenerse. Levantó la mano y me dio una bofetada que me hizo dar una vuelta completa.
--¡Vete, maldito imbécil! --gritó descompuesta--. ¡Te has vuelto

impotente y quieres disculparte diciéndome que he comido ajos! Tú sí que has comido...
No puedo seguir transcribiendo todo lo que me dijo Maud. Cuando se pone a decir palabrotas...; bien, el día que se celebre un campeonato de insultos y epítetos malsonantes, ella ganará sin duda el primer puesto, no les quepa la menor duda.
Así pues, completamente deprimido y pensando en lo asqueroso que es este mundo en determinadas circunstancias, volví a mi casa y me encerré bajo siete llaves, pensando en la mejor forma que, no siendo el "suicidio, me permitiera salir de aquella absurda e incomprensible situación.
La cual, por alguna razón que me permanecía ignorada, pero que, no obstante, presentía, tenía mucho que ver con mi negativa a tomar parte en el contrato de Lavery con Sturb.

* * *

Dos días más tarde, llamaron a la puerta de mi casa.
Me levanté a abrir. Había tres hombres en el umbral, a quienes no conocía en absoluto. Uno de ellos contaba alrededor de cuarenta años y parecía simpático. Los otros, en cambio, tenían un aspecto harto desagradable: bajo y menudo el uno y con cara de oriental; y de regular estatura el otro, pero con la boca medio torcida, como si se le hubiesen paralizado algunos de los músculos faciales.
El que parecía simpático me preguntó si yo era Joe Buckner. Le dije que sí y él se presentó como Burt Shaddon. Los otros dos eran Wang Hoo y Mel Duffy.
--Y desearíamos unos minutos de conversación con usted, señor Buckner --agregó Shaddon, después de las presentaciones.
--No hay inconveniente --accedí--. Entren, por favor.
--Gracias --sonrió Shaddon.
--Tiene usted una casa muy «alegante» --dijo Duffy--. «Mazníficamente» decorada y puesta con un gusto muy «exquisito».
Yo le miré estupefacto.
--¿Qué le pasa? --pregunté.
--No le haga caso --dijo Shaddon--. Es su forma de hablar.
--Por eso le llaman Cicerón --agregó el oriental.
--Indudablemente, es el campeón de la oratoria --convine cortésmente--. Y bien, caballeros, ¿en qué puedo servirles?
--Usted trabajaba para Lavery --dijo Shaddon.
--Es cierto, pero me considero como despedido --respondí.
--Bien, a nosotros nos convendría que volviese usted a su empleo.
Solté una carcajada.
--Lavery no querrá verme ni en pintura --contesté.

--Vuelva a disculparse y le aseguro que le readmitirá --dijo Shaddon, muy serio.
--Está... -- iba a decir «loco», pero me contuve a tiempo--. Señor mío, quiero que sepa una cosa; por nada del mundo pienso volver a trabajar con aquel negrero. ¿Está bien claro? Además, ¿qué diablos de interés tienen ustedes en mi vuelta al empleo con Lavery?
--Por ahora no puedo decírselo, aunque sí estoy en condiciones de asegurarle que ese gesto suyo tendría una recompensa adecuada.
--Es decir, pretenden que me humille ante Lavery, le pida perdón, le diga que lo siento muchísimo.,., y, una vez de nuevo en mi puesto, haga de espía industrial para ustedes, mejor dicho, para el hombre que, sospecho, les ha contratado para esta gestión.
--Exactamente --corroboró Shaddon, impasible.
--Si digo que sí --murmuré--, obtendré una recompensa. ¿Y si digo que no? --pregunté de sopetón.
--¿Mel? --dijo Shaddon.
Duffy sacó una pistola,
--Podría ocurrirle algo malo --sonrió como en las películas de gangsters.
Siempre he deseado verme en una situación semejante, para arremeter contra los malvados que intentan forzar mi voluntad y derrotarlos a fuerza de puños, pero ahora que mis, llamémosles así, sueños, se hacían realidad, lo cierto es que se me hizo un nudo en la garganta.
--Vuelva al trabajo con Lavery y piense que alguien estará vigilándole las veinticuatro horas del día --dijo Shaddon, placenteramente.
Hubo un momento de silencio. Shaddon añadió:
--Por supuesto, no nos traicionará o recibirá un tiro cuando menos se lo espere. ¿Ha quedado claro?
--Si esa pistola fuese de mantequilla... --dije, desesperadamente.
De repente, el cañón de la pistola se dobló hacia abajo. Duffy lanzó un chillido. La culata se convirtió en una especie de pasta muy fluida que empezó a caer al suelo en grandes goterones.
--¡Es cierto, es cierto! --gritó Cicerón--. Este hombre tiene poderes sobrenaturales... Harry dijo la verdad.
Duffy dio media vuelta y huyó a la carrera. Wang, sin embargo, me miró con malísimos ojos.
--Esto no se convertirá en mantequilla --dijo, a la vez que sacaba una navaja automática y se arrojaba contra mi pecho.
La punta del acero chocó contra mi camisa, pero se dobló como si hubiera sido de goma. Atónito, Wang repitió el golpe, pero su segundo intento tuvo el mismo resultado que el primero.
Wang comprendió que allí ocurría algo raro y corrió hacia la, puerta.
--Adiós, jefe, yo me largo --dijo.
Pronunció la primera letra de sus palabras de despedida cuando

todavía teñía apoyada en mi pecho la punta de su navaja blanda. Cuando llegó a la última letra, estaba ya fuera del apartamento.
Shaddon empezó a retroceder prudentemente.
--Aquí pasan cosas muy extrañas --murmuró--. Pero yo averiguaré de qué se trata y, entonces...
Un segundo más tarde, había desaparecido de mi vista. Entonces me di cuenta de que estaba empapado en sudor.
Pero ¿qué me ocurría?
¿Era cierto que, de repente, había adquirido poderes sobrenaturales?
Tal vez aquellos poderes habían permanecido latentes en mi y, de repente, se habían desarrollado en una especie de, eclosión parapsicología que me permitía alterar la forma de las cosas y aun cambiarlas de lugar con sólo desearlo.
La patada que había propinado a Harry the Kid, en circunstancias ordinarias, apenas si le habría hecho trastabillar. Perro Harry había volado por los aires una distancia de más de siete kilómetros.
Y el dedo de mi ex suegro andaba por ahí, en poder de «Jove», el cual, por causas que no se me alcanzaban, no podía hincarle el diente; y había convertido en mantequilla una pistola y un puñal se había doblado dos veces al chocar contra mi cuerpo...
«Bueno, pues en medio de todo, no está mal --me dije--. Si tengo esos poderes, seré capaz de hacer muchas cosas.»
Y ¿por qué no hacer una prueba? Sí, allí, en mi propia casa...
En uno de los lados de la estancia tenía una consola, sobre la cual había una estatuilla de porcelana, que representaba a una especie de ninfa de los bosques, desnuda, realmente hermosa, con la mano derecha ligeramente alzada y la izquierda apoyada en la cabeza de un gran perro. En aquella época de esculturas estremecedoramente futuristas, la ninfa me había gustado desde el primer momento que la vi en la tienda, cubierta de polvo, ya que nadie la quería comprar, y raro era el día en que no le echaba una ojeada. Incluso, a veces, había llegado a desear que Hester fuese tan dulcemente bonita como la ninfa; claro que yo, práctico, había considerado que, al fin y al cabo, Hester era de carne y hueso y no de cerámica.
Pero ahora podía hacer la prueba. Si mis poderes sobrenaturales no eran obra de una pesadilla, la estatua se animaría y...
Extendí ambas manos, como si estuviera oficiando algún misterioso rito, y clamé:
--¡Ninfa, conviértete en un ser vivo!
Durante un instante no sucedió nada. Pero, de súbito, sonó un agudo chillido de protesta:
--¡Grosero!
Una sombra blanca cruzó por delante de mí. Antes de que me diera cuenta de que se trataba de una mujer desnuda, ella desapareció en el

cuarto de baño, dejándome con la boca abierta.

CAPÍTULO IV

Aturdido, miré hacia la consola.
La ninfa había desaparecido y el can estaba solo. Pero casi en seguida, vi entrar a la joven, envuelta en una toalla de baño.
--Podías haber animado al perro --se quejó.
Lleno de asombro, reconocí a la chica que me había advertido de que Harry the Kid iba a colocar una bomba en mi monorrueda. Sentí que las piernas me flaqueaban y tuve que sentarme en el diván.
La chica dulcificó su gesto.
--Claro que yo no podía saber qué se te iba a ocurrir, semejante idea para comprobar la realidad de tus poderes mentales --añadió.
--Esto que me pasa no es lógico --murmuré, con la mano sobre los ojos, a modo de visera--. Voy a tener que llamar al doctor Harthard...
--Tú no necesitas de un psiquiatra, Joe --dijo ella, desenvueltamente, a la vez que se sentaba en el brazo de uno de los sillones, sin dar importancia al hecho de que la toalla se abriese hasta cerca de las caderas y su pierna derecha, con grandísimos atractivos, quedase totalmente al descubierto--. Estás completamente sano, aunque, por supuesto, desconoces lo que te sucede. Sin embargo, creo que ya ha llegado la hora de que sepas algunas cosas.
Empecé a reaccionar.
--Eso, eso... sobre todo, tu nombre --exclamé.
--Phoebe Dullin y soy de Ittrex --contestó la chica.
--Un momento --dije--. Ese nombre parece terrestre...
--Es la traducción terrestre de mi nombre y apellido. También en Ittrex tenemos satélites..., como sabrás, Phoebe es uno de los nombres poéticos de vuestra Luna. En cuanto al apellido Dullin, es la transcripción fonética de la serie de números y letras que componen el mío en mi idioma nativo.
--Voy entendiendo. ¿Qué más?
Phoebe me miró de soslayo.
--¿Quieres ayudarme? --preguntó.
--¿De qué se trata?
--Hasta ahora, tú eras uno de los hombres de confianza de Holt P. Lavery. Incluso ibas a casarte con su hija,
--Ya no disfruto de la confianza de Lavery ni voy a casarme con su hija. No sé qué me ha pasado, pero es así --respondí amargamente.
--Bueno, Lavery te dio unas órdenes y te negaste a cumplirlas, me parece.
--Es cierto, pero ¿cómo lo sabes?

Ella hizo un gesto ambiguo.
--Hablaste también con Sturb --dijo.
--Sí, es cierto; pero puesto que lo sabes todo, me figuro que ya conoces el tema de la conversación. A lo mejor estabas allí, bajo la forma de un jarrón o algo por el estilo...
Resonó una alegre carcajada.
--Eres maravilloso, Joe --dijo Phoebe--. ¿Por qué te negaste a aceptar las órdenes de Lavery?
--Bueno..., el trato no me parecía correcto ni justo. ¿Para qué diablos quiere Lavery más dinero? Cien millones representan para él tanto como cincuenta centavos para mí. Simplemente, pensé que debía conseguir a cambio algo más que una pirámide de billetes y por eso dije que pidiera la patente del sistema de viajes interplanetarios que usáis vosotros.
--Sturb no puede ceder esa patente --murmuró ella pensativamente.
--Entonces, que consulte a sus jefes.
--Tampoco querrían...
--Ah, y entonces hemos de ceder nosotros, los terrestres --salté, muy picado--, ¿Tan adelantados sois y no habéis sabido encontrar la fórmula de la descohesión molecular?
--No --admitió ella tristemente--. ¿Puedes explicármela, Joe?
--Claro --accedí--. Se trata de convertir el mineral en polvo finísimo, aún más fino que la harina de trigo..., y luego por procedimientos complicadísimos de describir, pero fáciles de realizar, una vez se han averiguado los principios básicos y construido las máquinas adecuadas, separar las moléculas de los distintos minerales, aglomerándolas luego en pequeños bloques, cada uno de los cuales es un elemento químico en estado de absoluta pureza. Y así se obtienen el oro, la plata, el hierro, el níquel, el estaño... No hay región de la Tierra que no contenga, en mayores o menores proporciones, estos minerales básicos, como puedes comprender. Incluso hay gases, como el óxido y el nitrógeno, pero en la separación molecular, dejan la combinación con otros elementos y recobran su estado gaseoso.
--Ahora sí lo entiendo --dijo Phoebe--. De modo que la patente pertenece a Lavery.
--En efecto, ya que fue descubierta y desarrollada en uno de sus laboratorios por el doctor Rhagmussen. Este murió hace algunos años, aunque sus herederos perciben la parte correspondiente a los derechos de patente que, por lo demás i pertenece de un modo absoluto a Lavery.
--Es decir, con pagar a los herederos de Rhagmussen el porcentaje correspondiente a los beneficios y acordado en el contrato de cesión de la patente, Lavery tiene ya suficiente.
--Sí, y si la cediera a Sturb, éste, a su vez, debería abonar nuevos

«royalties» a los herederos del descubridor de la fórmula. Pero ¿por qué te interesa tanto ese asunto?
Phoebe agitó una mano, como dando a entender que no habría respuesta.
--¿Has oído hablar del «gravitius»? --preguntó.
--Jamás --contesté, asombrado--. ¿Qué es eso?
--Se trata de una sustancia que existe en nuestro planeta, en proporciones infinitesimales... Hasta ahora, nuestros científicos, a costa de enormes instalaciones y esfuerzos inauditos, han conseguido aislar, en unos diez años de trabajo, algo así como medio gramo de «gravitius». En el sistema de medidas terrestres, el gramo es el peso de un centímetro cúbico de agua a cuatro grados centígrados de temperatura.
--Sí, es cierto.
--Por tanto, si el «gravitius» tuviese la densidad del agua, ese gramo tendría un volumen de un centímetro cúbico. Pero, en realidad, es mil veces más denso, lo que significa que el gramo de «gravitius» conseguido hasta ahora ocupa un espacio de un milímetro cúbico.
Lancé un silbido.
--Un decímetro cúbico de agua es un litro y pesa un kilo..., y el mismo volumen de «gravitius» pesaría una tonelada.
--Exactamente, Joe. ¿Sabes qué cantidad de tierra fue preciso remover para obtener ese gramo de «gravitius»? Era una colina que medía unos cuatrocientos metros de altura y casi ochocientos de diámetro en la base. Tardamos diez años en conseguir esa minúscula cantidad de «gravitius», pero, con la patente Lavery-Rhagmussen, el tiempo empleado resultaría mil veces menor.
--Diez años, tres mil seiscientos cincuenta días..., tres días y un algo más de quince horas... Pero, por todos los diablos, ¿para qué sirve el «gravitius»?
Phoebe sonrió.
--De momento, te diré que sirve para la navegación interestelar --contestó--. Pero también te diré otra cosa: es preciso evitar que Sturb consiga la patente.
--¿Por qué?
--Porque actúa por cuenta propia y no como agente de nuestro gobierno.
--¡Hum! Diríase que quiere obtener un beneficio propio...
--Justamente.
--Y tú estás aquí para evitarlo.
Ella hizo un gracioso gesto.
--¿Me ayudarás?
--No sé qué puedo hacer yo --refunfuñé.
--Puedes hacer mucho o Sturb no hubiese empezado a meterse

contigo. La bomba, la visita de Shaddon y sus secuaces... Es de todo punto preciso que persuadas a Lavery para qué no haga el trato.
--Puede que a estas horas ya esté cerrado --dije melancólicamente.
--No, porque pide más dinero del que Sturb puede dar.
--Sin embargo, a mí me ordenó.
--Te ordenó que fueras preparando el contrato, pero no dijo nunca nada de firmarlo. Las discusiones sobre el precio son algo que tienen lugar exclusivamente entre Lavery y Sturb, sin testigos.
Miré fijamente a; la chica.
--Salvo tú, convertida en jarrón --dije.
--No siempre puedo hacerlo. Sturb conoce mi presencia en la Tierra y, cuando está a solas con Lavery, establece una barrera que me es imposible franquear.
--Pero tus poderes...
--Ningún humano tiene poderes ilimitados --contestó Phoebe sentenciosamente--. Por favor, haz lo que te digo..., y te ganarás mi eterna gratitud.
Phoebe me miraba de un modo especial al hablarme de esa forma y yo me enternecí mucho.
--Claro, claro --dije, embobado--. Iré a ver a Lavery...
Ella se levantó, vino hacia mí y me besó en una mejilla.
--Gracias, Joe. Y ahora...
Fue al otro lado de un sillón, agarró un puñado de ropajes y una estatuilla que reconocí en el acto y que volvió a su sitio, como si no hubiese pasado nada. Luego, con una mirada maliciosa, se retiró al baño, del que salió a los pocos minutos, ataviada con un sencillo traje de una sola pieza, de calor azul y crema, realmente precioso. El bolso que colgaba de su hombro izquierdo hacía juego con su atavío.
--Vendré a verte, Joe --se despidió.
--¿Cuándo? --pregunté ávidamente.
Pero Phoebe ya estaba en la puerta y no pude alcanzarla. Yo me quedé solo, pensando en que aún había muchas cosas que necesitaban aclaración. Pero un día conseguiría que me las explicase. Hinché el pecho, considerándome un héroe dispuesto a luchar, por el bien y la justicia. Luego empecé a preguntarme cómo conseguiría, que Lavery rechazase el trato con Sturb.
De pronto, encontré el procedimiento y me eché a reír.
--El dedo, claro --exclamé.
Decidí no perder tiempo y me dirigí hacia la salida. Unos minutos más tarde, estaba en la calle.
Entonces, se me acercaron Shaddon y sus secuaces.
--No se moleste en tomar su monorrueda, Buckner --dijo el primero--. Nosotros tenemos aquí uno preparado.
También tenían preparado algo más: una pistola anestésica, que actuó

antes de que pudiera utilizar mis poderes sobrenaturales. Sentí un pinchazo en el cuello, bajo la oreja derecha y lancé una maldición. Harry el Niño apareció de no sé dónde y me agarró por un brazo.
Era un anestésico de acción casi instantánea. Antes de que hubieran transcurrido treinta segundos, ya había perdido el conocimiento.

CAPÍTULO V

Desperté en una habitación someramente amueblada, en la que había una ventana con cristales llenos de polvo a tres metros del suelo. Había también un camastro y un par de sillas, así como una mesa, sobre la cual vi una jarra de agua.
Tenía sed y me levanté para beber un largo trago de agua. Ya no me cabía la menor duda de que estaba secuestrado. ¿Por qué?
¿Sólo por haberme opuesto a la realización del contrato?
Era una acción estúpida. Lavery me había despedido, de modo que yo ya no podía intervenir para nada en el asunto.
Cabía otra posibilidad, pero dadas mis circunstancias, era preciso rechazarla de plano; yo había empezado como simple amanuense y no era un científico ni había trabajado nunca en los laboratorios, de investigación, salvo en la sección administrativa de los mismos. Pero llevar la contabilidad y encargarse de los pedidos de material de un laboratorio no significa que no sepa lo que se hace ni cómo se hace en ese laboratorio. Además, mi estancia allí había durado escasamente un par de años; luego había sido promovido a las oficinas centrales y de éstas había pasado al Estado Mayor de Lavery.
Por tanto, lo que yo sabía de la fórmula de la descohesión molecular era lo mismo que lo que pudiera saber cualquier hombre de la calle, es decir, nada.
--Entonces, ¿qué diablos querían de mí?
La puerta de la estancia se abrió súbitamente.
--Ya se ha despertado. --dijo Cicerón.
--¿Ha dormido bien? --preguntó Harry el Niño, burlonamente.
Shaddon se detuvo delante de mí, con las manos en las caderas y las piernas abiertas.
--Buckner, usted nos ha jugado unas cuantas malas pasadas, pero esto se ha acabado ya --dijo duramente--. No obstante, debe saber en primer lugar que no queremos hacerle el menor daño. Claro que eso depende de usted.
Levanté las cejas.
--Depende de mí, ¿en qué sentido? --pregunté.
--En su ánimo de cooperación con nosotros.
--Bien, dígame qué desea y estudiaré el asunto --respondí, displicente.

--La fórmula,
--Ah, la fórmula...
--Sí, usted la conoce.
Me eché a reír.
--¡Qué disparate!
--Jefe, deje que le dé una buena «lición» --dijo Duffy torvamente.
--Se dice «lección» --corrigió Wang.
--Lo «mesmo» da --contestó el sujeto de mal talante--. ¿Jefe?
--Cierra el pico --gruñó Shaddon--, Bien, ¿qué me contesta, Buckner?
--Pero, hombre..., ¿es que no le han informado de mi curriculum? Soy un simple oficinista, buen contable si usted quiere, pero nada más. De física y química entiendo menos que un estudiante de primero...
--Por última vez, Buckner --exclamó Shaddon, impaciente--. Ahora ya sabemos que usted tiene ciertos poderes, pero estamos dispuestos a contrarrestarlos. Y esos poderes no le impedirán sentir mucho dolor cuando empecemos a actuar.
--Somos expertos en «tartura» --dijo Cicerón orgullosamente.
--Ah, saben hacer muy bien las tartas --contesté, burlón.
--Está bien, veo que no quiere hablar --intervino Shaddon de nuevo--. Entonces, nos toca el turno a nosotros...
--Un momento, jefe --exclamó Wang--. Será mejor que lo desnudemos. Puede llevar algo oculto en las ropas y jugarnos una mala pasada.
--Sí, tienes razón. ¿Harry?
El gigante se arrojó sobre mí y empezó a arrancarme las ropas a puñados. Yo le dejé hacer, porque estaba en inferioridad y no me atrevía a darle otra patada; le habría aplastado contra la pared y no soy un asesino. Además, se me había ocurrido una idea y quería ponerla en práctica.
En pocos momentos quedé tan desnudo como el día en que nací. Wang sacó entonces algo parecido a un bastoncito, provisto de un cordón eléctrico y la correspondiente clavija, que conectó a la corriente.
--Átalo a la cama, Harry --ordenó Shaddon.
Yo había cerrado los ojos. ¿Daría resultado?, me pregunté. De súbito oí un terrible chillido:
--¡No está, jefe! ¡Ha desaparecido!

* * *

Volví a abrir los ojos. Era para tumbarse de risa al ver las caras que ponían aquellos tipos. Miraban a todas partes y manoteaban frenéticamente, intentando alcanzar a alguien que unos segundos antes estaba allí y ahora se había convertido en algo tan invisible como el aire.
Bueno, ellos manoteaban por lo alto, así que me agaché, llegué a la

puerta, la abrí y pasé al otro lado. Entonces sonaron gritos de alarma:
--¡Se escapa!
Alguien lanzó un chillido:
--¡Wang, «imbécil», me has «dao» con tu maldito «látigo eláctrico» --se quejó Cicerón.
Shaddon bramaba de furor, porque no había previsto que yo pudiera volverme invisible de repente. Y, aunque lo hubiera sabido, de no haberme quitado las ropas, podría haberme localizado fácilmente, cosa que ahora le resultaba imposible. Antes de que pudieran reaccionar, cerré con doble vuelta de llave y eché a correr en busca de la salida.
No tardé mucho en darme cuenta de que estaba en una casa situada fuera de la ciudad. Vi a lo lejos una autopista y así supe la dirección que debía tomar.
En el exterior de la casa, había un pequeño jardín, con una explanada para estacionamiento de vehículos. Vi dos monorruedas y me acerqué a uno de ellos, para arrancar unos cuantos cables y dejarlo así inutilizado. Luego ocupé el otro.
Inmediatamente, puse en marcha el vehículo y salí disparado por el camino que, un poco más adelante, se unía a una carretera secundaria, con término en la autopista. Como tenía prisa, no me di cuenta de que rebasaba los límites de velocidad, hasta que escuché el sonido de una sirena que se me acercaba rápidamente.
Los agentes de tráfico utilizaban helicópteros eléctricos, de modo que su vuelo era totalmente silencioso. Además, disponían de un aparatito que permitía desconectar la corriente de un monorrueda que corriese a velocidad excesiva. Así pues, en pocos segundos me vi constreñido a situarme fuera de la autopista.
El helicóptero inició su descenso. Para no infundir sospechas, yo salí a través de una ventanilla abierta, sin abrir la puerta. Los guardias habrían visto una puerta que se abría por sí sola..., bastantes problemas tendrían para justificar la detención de un vehículo que rodaba sin conductor.
Silbando alegremente, emprendí la marcha a pie.
Poco más tarde, ya al atardecer, llegué a una zona de descanso. Todavía seguía en estado invisible. Vi allí un camión ligero, de plataforma descubierta, y me senté en la zaga. El conductor vino a poco, eructando satisfecho después de su cena. Arrancó y así fue como me llevó hasta las inmediaciones de la carretera que conducía a la residencia de Lavery.
Cuando vi de lejos el empalme, fui hacia la cabina y toqué en ella con la mano.
--¡Pare, pare! --grité.
El camionero obedeció maquinalmente. Estoy seguro de que pensaba

había embarcado un pasajero clandestino. Le vi bajar y tenía cara de pocos amigos. Con paso firme y puños prietos, fue hacia la zaga del vehículo.
--Está bien, ya he parado --dijo--. Baje y...
Se calló. No veía a nadie.
Yo me eché a reír, a la vez que le daba unas palmaditas en la espalda.
--Gracias, amigo --dije.
El camionero se volvió en todas direcciones. A los pocos momentos, volvió a su cabina, murmurando:
--La cena me ha sentado mal... Estoy viendo visiones... Oigo voces...
Media hora más tarde, entraba en la casa de Lavery. Naturalmente, no me vio nadie.
Fui al despacho. Lavery no estaba allí. Pero apenas había entrado, alguien me siguió.
La sorpresa que recibí fue muy grande, tanto que me olvidé de mantener mi invisibilidad.

* * *

Yo estaba en un ángulo del despacho, que no podía ser divisado a primera vista. Por eso la chica no me vio en el primer momento, mientras entraba en la estancia, acompañada por el impasible mayordomo de Lavery. El mayordomo cerró la puerta y ella dio unos pasos y entonces fue cuando me vio, tan desnudito como un recién nacido.
--¡Joe! ¿Qué haces aquí? --exclamó Nellie Rhagmussen.
De pronto, reparé en que de nuevo era visible. Aturdido, hice lo único que podía hacer en aquellos momentos: situarme detrás del respaldo de un sillón.
--He perdido mis ropas --dije.
--¿Te ha visto Hester?
--No. Acabo de llegar...
Nellie Rhagmussen era una chica que no se asustaba fácilmente de ciertos sucesos y se echó a reír.
--Apostaría a que te han asaltado unos ladrones y se te han llevado hasta los zapatos --dijo.
Agradecí in mente la solución que me daba la joven.
--Sí, eso es --contesté--. Estaba ya cerca de la casa y me detuvieron y... Pero ¿qué haces tú aquí?
Nellie se puso seria de repente.
--Tengo noticias de que Lavery quiere ceder la patente a un tipo de Ittrex --contestó.
--Bueno, puede hacerlo, es suya. ¿O estoy equivocado?
--Joe, tú no interviniste en el contrato de cesión de la patenté,

¿verdad?
--Eso era cosa de los abogados de Lavery y de tu padre, Nellie.
--Sí, desde luego. Bien, en tal caso, debes conocer la existencia de una cláusula que Impide la cesión a extraños de esa fórmula, sin la anuencia del inventor o de sus herederos. Y yo soy ahora la heredera de todos los bienes de mi difunto padre.
--Y no quieres que esa venta se realice...
--Tengo derecho a conocer los términos del contrato. Si no me satisfacen plenamente, impediré la operación.
--Los ittrexitas tienen mucho interés en comprar la fórmula --dije.
--Lo sé, pero hay algo en este asunto que no acaba de convencerme. --Nellie me miró penetrantemente--. Joe, ¿qué opinas tú?
--Verás..., creo que no tengo mucho que opinar...
De súbito se abrió la puerta. Hester entró con su impetuosidad habitual.
--Nellie, papá vendrá en seguida...
Entonces me vio y lanzó un estridente chillido.
--¡Joe! ¿Qué haces aquí? ¡Y estás completamente desnudo!
--Sí, nena --dije, con una sonrisa de circunstancias.
--Le han robado --añadió Nellie.
--Eres un tipo inmoral, cínico y desvergonzado --me apostrofó Hester--. Sal inmediatamente de mi casa; no quiero volverte a ver más en los días de mi vida, tipo crapuloso...
--Si dejo el sillón, estaré aún más desnudo --declaré maliciosamente.
--Mujer, se comprensiva --intervino Nellie--. Unos ladrones lo han asaltado cuando venía aquí...
El señor Lavery hizo acto de presencia, detrás de un puro de un palmo de largo. Me vio y sus mejillas se pusieron más rojas de lo que estaban, tras la suculenta cena que acababa de devorar.
--Joe, maldito bastardo...
--Está desnudo, papá --gritó Hester.
--Lo sé, y a su deslealtad, une ahora el ultraje de la inmoralidad --dijo Lavery enfáticamente--. Voy a llamar a la policía...
--No lo haga --le interrumpí. Miré su mano derecha todavía vendada y esforzándome, logré contener la risa--. Déme algo de ropa y le devolveré su dedo.
--¡Mi dedo! --gritó el padre de Hester--. Ese maldito gato se pasa el día jugando con él..., y yo no puedo cazarlo... Hester no quiere que le pegue un escopetazo...
--Con la escopeta no resolverá ese problema. Además, destrozaría el dedo. En cambio, yo puedo volverlo a su sitio..., aunque con una condición, claro está.
Lavery entornó los ojos.
--¿Cuál es esa condición? --inquirió.

--Rompa los tratos con Sturb.
--Además, usted no puede firmar ese contrato sin que yo haya dado mi consentimiento --añadió Nellie.
Lavery nos miró alternativamente a Nellie y a mí. Durante unos segundos, sólo hubo silencio en el gabinete.
--Devuélveme el dedo y hablaremos, Joe --dijo al cabo--. En cuanto a ti, señorita Rhagmussen, mis abogados te comunicarán la decisión que he adoptado.
--Entonces, dejaré que «Jove» siga jugando con el dedo.
Cerré los ojos y forcé mi mente. Un segundo más tarde, oí un satisfactorio chillido de Hester:
--¡Papá, Joe ha desaparecido!
Me había vuelto invisible de nuevo. La ventana estaba abierta y, cuando pasé a su través, celebré infinito los juegos que «Jove» hacía con el dedo de Lavery.
Fuera, había un monorrueda. Entré en él y esperé.
Nellie llegó cinco minutos más tarde y se sentó en el puesto del conductor.
--Joe, sé que estás aquí --dijo.
--¿Cómo lo has adivinado? --pregunté.
--Primero, suponía que me esperarías. Segundo, aunque ignore los medios de que te vales para volverte invisible, lo cierto es que no has podido suprimir tu peso y se nota en el asiento la huella de tus posaderas.
--Eres una Sherlock Holmes con faldas --dije alegremente--. ¿Adonde vamos?
--¿Quieres venir a mi casa?
--De mil amores --acepté instantáneamente.
El monorrueda arrancó en el acto. Una vez fuera del jardín, Nellie me hizo una pregunta:
--Joe, tú dejaste el laboratorio más o menos cuando papá terminaba de comprobar la fórmula recién descubierta. ¿Recuerdas si te dijo algo sobre el particular?
--No --contesté, muy sorprendido--, ¿Por qué había de decirme algo sobre ese asunto?
Nellie, enigmáticamente complacida, se reclinó en el respaldo de su asiento. El piloto automático, ya programado, había sido conectado y el monorrueda viajaba por sí solo.,
--Tal vez sea todavía pronto para que sepas todo --contestó oscuramente.

CAPÍTULO VI

--Puede que sea demasiado pronto para que lo sepa todo, pero de lo que no cabe la menor duda es que estoy metido en una serie de conflictos que amenazan con arruinar mi existencia, y todo ello sin tener otra culpa que la de haber sido pretendiente a la mano de la hija de Lavery.
--Además de uno de sus hombres de confianza --dijo Nellie suavemente, mientras me ofrecía una copa de buen jerez.
--No tengo por qué negarlo. Es cierto que nunca destacaré hasta llegar a ser un prominente hombre de negocios, pero suelo ser eficiente en mi trabajo y hasta tengo cierta iniciativa en asuntos que no pueden ser consultados y requieren una rápida ejecución. Cuando llegué al «staff» de Lavery, aún no conocía a su hija y mi ascenso no se debió precisamente a recomendaciones ni influencias.
Nellie sonrió maliciosamente.
--La virtud, la honestidad y la laboriosidad, reciben siempre su recompensa -- dijo--. ¡Eh, que veo cómo baja el vino por tu esófago!
Maldije entre dientes. Todavía seguía invisible, pero lo peor de todo era que no tenía ropas, ni podía volver a mi casa para vestirme de nuevo, porque, seguramente, estarían allí Shaddon y sus esbirros.
--Dame una toalla, por favor --pedí malhumoradamente.
Nellie fue al baño y volvió. Después del consiguiente esfuerzo mental, volví a recobrar mi corporeidad visible.
--Estás muy bien --comentó ella con jovial acento--. Me pregunto --siguió--, por qué quiere Sturb la fórmula.
--Yo te lo diré. En Ittrex no conocen el principio de la descohesión molecular y quieren comprar la patente.
--Sí, pero ¿con qué objeto?
Vacilé un momento, pero Phoebe, al fin y al cabo, no me había exigido secreto absoluto.
--«Gravitius» --dije.
Nellie se quedó atónita.
--Y eso, ¿qué es, Joe?
--No lo sé, pero tiene una densidad de mil... y se encuentra en el suelo, el suelo de Ittrex, quiero decir, en una proporción infinitesimal. Para obtener el único gramo de que disponen en la actualidad, fue necesario desmenuzar una loma que medía cuatrocientos metros de altura y ochocientos de diámetro en la base.
--¡Caramba, eso son unos cuantos metros cúbicos! --dijo Nellie, sinceramente admirada--. Pero ¿cómo lo has sabido?
Hice un gesto displicente.
--Bah, tengo mis propias fuentes de información --respondí.
--Bien, pero ¿para qué sirve el «gravitius»?
--Hasta ahí ya no he llegado. Lo único que puedo decirte es que Sturb está dispuesto a ofrecer una pila de millones por la patente.

--De cuya suma, me corresponderá a mí un buen pico o no habrá contrato --dijo Nellie ceñudamente.
--Ah, pero, ¿piensas acceder...?
--¡Naturalmente! Lo que no quiero es que nadie haga negocios a mi costa. Lavery es el propietario de la patente y la explota a su gusto, pero está obligado a pagarme «royalties» y, además, no la puede ceder sin mi permiso.
--Me extraña que Lavery firmase un contrato tan ambiguo --dije--. Eso debió de suceder porque yo estaba recién llegado al «staff» y no había tenido tiempo de imponerme de mis obligaciones, aunque también es cierto que no fui a parar a la sección jurídica. Pero no es propio de él firmar un contrato cuyas cláusulas puedan luego causarle disgustos.
--Lo único que sé es que lo firmó y que estoy dispuesta a que se cumpla hasta la última coma. --Nellie me miró de pronto--. Joe, ¿cómo has conseguido ese fenomenal poder de la invisibilidad?
Apoyé mi barbilla en la mano.
--En los últimos tiempos, he conseguido muchas cosas, pero no me preguntes cómo ni por qué, porque ni yo mismo lo sé --respondí. Le expliqué lo del dedo desenroscado y Nellie estuvo a punto de caerse de risa al suelo.
--Puede que sea hipnotismo, Joe --apuntó.
--¿Te he hipnotizado?
--Pues... parece que no, pero si no se trata de sugestión...
Miré unos segundos a Nellie. Era una joven alta, un tanto corpulenta, aunque no un caballo percherón ciertamente; de rostro un tanto feo, pero inmensamente simpática y desenvuelta. En resumen, si no se la podía calificar como una Venus, sí ofrecía a la vista numerosos atractivos físicos.
--Pues si es cierto que hipnotizo a la gente, voy a probar contigo --dije.
Con la toalla en tornó a mi cintura, me acerqué a ella y la abracé estrechamente, y le dije algo al oído, que la obligó a lanzar un gritito de fingido susto:
--¡Bárbaro! ¡Huno! ¡Gengis Khan!
Suspiró rendidamente y se dejó besar..., y esta vez no me ocurrió lo que me había ocurrido con Maud.

* * *

Cuando desperté, por la mañana, vi que el otro lado de la cama estaba vacío. Sobre la almohada, prendida con un alfiler, había una nota de Nellie, en la que me anunciaba había, un frigorífico bien provisto a mi disposición y que podía servirme a mi gusto. Asimismo me recomendaba la aguardase hasta su vuelta, ya que había salido para comprarme ropas. Miré la hora en el reloj de la cabecera, pues

aquellos bigardos me habían quitado hasta el mío, por si contenía una minibomba, y vi que era bastante tarde. Pero no me importó.

Esta vez no había existido ninguna clase de inhibiciones ni a Nellie le olía la boca a ajos. Todo había salido a la perfección, me dije complacidamente, mientras iba al baño.

Un cuarto de hora más tarde, estaba en la cocina. Tenía el apetito de un lobo en invierno y me puse cuatro huevos con jamón, un montón de tostadas, mermelada, mantequilla y medio litro de café. Cuando terminaba, oí el ruido de la puerta al abrirse.

--¿Nellie?

--Hola, querido --gritó la chica desde el vestíbulo--. Aguarda un momento; voy a cambiarme de ropa. Entré en una cafetería a tomarme una taza de café y un «manazas» me tiró encima el suyo...

--Está bien.

Terminé de desayunar. Escuché los pasos de Nellie, que se movía en el dormitorio y, de repente, sonó el timbre de llamada de la puerta.

Dejé que Nellie acudiese a la llamada; quizá no era discreto que se supiera tenía un huésped en casa de repente, me pareció oír un grito sofocado.

Una silla cayó al suelo. Empecé a alarmarme.

Corrí hacia el vestíbulo. La silla estaba en el suelo, pero no había el menor rastro de la joven.

--¡Nellie! --grité.

Nadie me contestó. Una horrible sospecha se infiltró en mi mente.

Me acerqué a la ventana. Dos hombres sacaban en brazos el cuerpo inanimado de una mujer. Un tercero mantenía abierta la portezuela del monorrueda.

Antes de que tuviera tiempo de mover un dedo, paralizado por la sorpresa, el monorrueda arrancó velozmente y se perdió de mi vista en contados segundos.

Moví el puño furiosamente.

--Te encontraré, Burt Shaddon --dije, colérico--. Te encontraré, aunque tenga que volver la ciudad del revés.

Después de mucho reflexionar, llegué a la conclusión de que había un hombre que podía informarme del lugar donde podía encontrar a Shaddon. Era de suponer que éste no se habría llevado a Nellie al lugar donde me había tenido secuestrado. Probablemente, habían llegado a la conclusión de que Nellie era mucho más útil que yo y habían decidido dar su golpe en dirección a la hija del difunto Rhagmussen.

Bien, iban a saber quién era Joe Buckner, me dije Además, ahora tenía ciertos poderes que me permitirían hacer cosas que le estaban vedadas a un hombre corriente. Y usaría aquellos poderes..., con toda su intensidad.

De todos modos, antes de salir de casa, hice una prueba, pero no dio resultado. Mi intento de ver el monorrueda con los ojos de la mente, para seguirle en su ruta, fracasó rotundamente. Por lo visto, mis poderes tenían un alcance muy limitado.
Pero eran superiores a los del común de los mortales y pensaba aprovecharme de la circunstancia. Así pues, abandoné la casa y me dirigí al lugar en donde esperaba encontrar a mi conocido.
Estaba allí. Kebbin Ross solía empezar el día con un doble de whisky, aunque nunca sabía cómo lo acababa, porque jamás recordaba haber llegado sereno al final de la jornada. Era un seguro candidato al delirium tremens, y él mismo solía asegurar con macabro humorismo que, si cayera en manos de unos antropófagos, éstos adquirirían la costumbre de bañar a todas sus siguientes víctimas en licor, antes de ponerlas sobre las brasas. Pero yo sabía que Ross era un pozo infinito de conocimientos y que lo que él no supiera, no lo sabía ni siquiera la computadora de la policía.
Cuando me vio, Ross me dirigió una beatífica sonrisa.
--¿Estás aquí o yo estoy soñando? --dijo.
--Aún estás sereno, Kebbin --mascullé. Y como me sentía de muy mal humor, pedí una copa para entonarme--. Que sea doble --puntualicé.
--Quiero ver su «pasta», amigo --dijo un barman mal encarado y de voz tan amable como la de un búfalo enfurecido.
Por fortuna, y ya que iba a ponerme en camino, había pasado por mi Banco. Saqué un billete y lo puse sobre el mostrador. Ross no frecuentaba ciertamente locales de lujo.
--Así está bien --dijo el barman.
--Bueno, ¿qué quieres, Joe? --preguntó Ross.
--Shaddon --contesté.
Ross me dirigió una larga y especulativa mirada.
--Joe, ¿en qué malos pasos andas? --inquirió--. Tú eres un buen chico, incapaz de mezclarte en un asunto podrido...
--Kebbin, no hagas preguntas --rezongué--. Sé que Shaddon tiene una casa en las afueras, hacia el sur, pero supongo que ahora no está allí. Seguramente, debe de tener otra guarida...
Ross entornó los ojos. Un hombre entró en el bar y se sentó a mi lado con actitud indiferente. Preocupado cómo estaba, no me di cuenta siquiera de su presencia.
--Una copa --pidió.
--Al momento --respondió el barman.
--¿Y bien, Kebbin?
--Calle Muskrat, ochocientos noventa y dos. Está al final, separada de las demás casas por unos solares sin edificar --respondió mi amigo.
--Muy bien. ¿Qué te debo?
Ross alzó una mano.

--Hoy por ti y mañana por mí...
De pronto, alguien llamó a Ross y éste me dejó, tras disculparse. Entonces, el hombre que tenía a mi lado murmuró:
--Señor Buckner, le aconsejo que no siga por ese camino.
Volví la cabeza lentamente. El tipo tenía un rostro pétreo, pero se mantenía en una actitud de estudiada indiferencia, que le hacía pasar desapercibido a los ojos de un observador neutral. En aquel momento no me cupo ya la menor duda de que Shaddon era un tipo listo y que había dejado tras sí un informador, para seguir todos mis movimientos y actuar si consideraba que mis acciones podían resultar peligrosas para él.
--Está bien --dije con amable sonrisa--. Seguiré su consejo y... ¿me acepta una copa, amigo? ¡Mozo, una copa para el caballero! --exclamé, a la vez que ponía un billete sobre la mesa.
--Gracias, Buckner --sonrió el esbirro.
La botella lleno de nuevo la copa. El hombre de Shaddon se la llevó a los labios e, inmediatamente, espurreó todo el licor.
--¡Por todos los diablos, maldito hijo de zorra! --gritó--. ¡Me has dado orina de vaca!.
Yo debía de haber fallado un poco, puesto que había pensado en un caballo, pero el resultado, bien mirado, fue el mismo. El barman oyó aquella protesta y, disparando su brazo derecho a través del mostrador, agarró al otro por la pechera de su camisa.
--Repite eso, cerdo apestoso, repítelo...
El espía tenía una mano libre y la disparó contra la nariz del barman. Entonces se organizó una bonita pelea, porque el espía no era manco precisamente. Cuando salí a la calle, se escuchaba una deliciosa sinfonía de muebles astillados y copas y botellas rotas en mil pedazos.
Pero la cosa no había acabado, como yo creía. Un hombre me cerró el paso.
--Usted le ha hecho algo a mi amigo --acusó.
Diablo de Shaddon, debía de tener una compañía de bandoleros o algo por el estilo, me dije. Y le pagarían bien, porque los «salarios» de aquellos tipos no serían precisamente bajos.
--¿Sí? --dije con indiferencia.
El otro espía vestía un tanto anticuadamente, con una cazadora medio cerrada, dentro de la cual tenía la mano derecha, en una actitud que quería hacer significativa. Sí, estaba armado.
--No se mueva --ordenó el tipo.
--En su lugar, yo miraría bien lo que tiene en la mano. Puede que piense que es una pistola, pero, en realidad, es una araña peluda.
Instantáneamente; sonó un chillido estremecedor. El espía sacó la mano, en la que una enorme araña agitaba sus patas frenéticamente. Realmente, era un bicho repulsivo. El espía abrió la mano, puso los

ojos en blanco y se desmayó, sin ver que dejaba caer su pistola al suelo.
Detrás de él estaba su monorrueda. En el bar continuaba la refriega.
Yo pasé por encima del espía desmayado y entré en el monorrueda. Moví la llave de contacto y el vehículo se puso en marcha inmediatamente.
--Calle Muskrat, ochocientos noventa y dos.
--Eso es --dije yo maquinalmente.
Todavía tardé unos segundos en darme cuenta de que era Phoebe la que había repetido la dirección facilitada por mí amigo Kebbin Ross.

CAPÍTULO VII

--¡Phoebe! --chillé--. ¿Dónde estás?
--Aquí --contestó ella--. ¿Es que no me ves?
Miré a todas partes. Al fin, vi sobre el tablero una muñequita de adorno, de las que regalaba como propaganda una conocida empresa de giróscopos estabilizadores.
--Por todos los... ¡Vuelve a tu aspecto normal! --bramé.
--Estoy bien así --contestó la muñeca--... ¿Qué tal has pasado la noche?
.
--Bien, perfectamente...
--¿Seguro?
Me acordé de Nellie.
--Phoebe, hay cosas en las que no tienes derecho a inmiscuirte --dije duramente.
--Sí, sobre todo, considerando la personalidad de Nellie Rhagmussen.
--Ella es una mujer joven y yo no soy de piedra. Y no me digas que te disgusta, porque no me importa en absoluto. Me ofreció su hospitalidad y yo... Bien, ¿qué diablos puede interesarte a ti mi vida íntima? Además, ¿sabes lo que te digo? Que no quiero estos poderes sobrenaturales que me has otorgado tú, porque sólo deseo ser un hombre absolutamente normal y vivir pacíficamente y sin sobresaltos. Admito que en Ittrex puedan haberse planteado ciertos conflictos, pero ello no es razón para que a mí me llevéis por la Calle de la Amargura.
--¿Qué es la Calle de la Amargura? --preguntó Phoebe.
--Ya te dejaré una Biblia --refunfuñé--. Pero, aunque agradezca algunas de las cosas que me has permitido hacer, hay otras que no te perdonaré jamás, Phoebe.
--¡Joe! --se dolió ella.
--Ya me has oído --contesté malhumoradamente--. Has entrado en mi cerebro, has hurgado en mi mente, entrado en mis pensamientos...

--¡Eso no es cierto!
--¡Ja, ja! --dije muy serio.
--Joe, te juro que no He entrado en tus pensamientos...
--Entonces, ¿cómo diablos me opuse a la firma del contrato desde el primer momento?
--Lo hiciste por tu propia iniciativa, porque el instinto, comercial si tú quieres, te hizo saber qué no era una operación beneficiosa, por muchos millones que pudiera obtener Lavery. Entonces, yo decidí ayudarte.
Reconsideré la situación un poco. Sí, ella tenía razón. A Lavery ni uno, ni diez ni cien o mil millones, le harían más feliz. Ganaría mucho más consiguiendo la patente de los generadores espaciales que permitían los viajes por el espacio con enorme rapidez. Y la Tierra hubiese ganado también, por supuesto.
--Bueno, el caso es que ahora han raptado a una chica, buena amiga mía, y quiero rescatarla --dije.
--Eso está muy bien, sólo que estás equivocado --manifestó Phoebe.
--¿Por qué?
--Nellie no está...
--Phoebe, yo soy de la Tierra y conozco las costumbres indígenas --corté secamente.
--Pero, Joe, deja que te explique...
El monorrueda se movía bajo mi control, ya que aún no había programado la ruta. De pronto, divisé algo que me dio una idea.
Viré hacia la derecha y me detuve junto al seto que bordeaba un jardín público. La muñeca estaba sujeta al tablero por una base imantada, lo que me permitió arrrancarla de su emplazamiento sin dificultad.
--¡Joe! --chilló Phoebe--. ¿Qué piensas hacer conmigo?
Saqué la mano y dejé caer la muñeca entre el follaje. Inmediatamente, arranqué a toda velocidad.
A veces, Phoebe resultaba muy cargante.

* * *

Cicerón abrió la puerta, en mangas de camisa y con los ojos cargados de sueño todavía, pero se despabiló en el acto apenas me reconoció. Antes de que pudiera hacer el menor movimiento ofensivo, agarré su nariz, la estiré un par de metros y se la enrollé alrededor del cuello. Cicerón gritó un poco, bajó la vista y se sentó en una silla, presa de un ataque de vértigo.
Wang-Hoo salió a continuación. En un instante se encontró con cuatro brazos de más y otras dos piernas. Harry el Niño oyó sus chillidos y surgió a la carrera. Cuando llegó a dos pasos de mí, le dejé quieto en

el mismo sitio, convertido en una estatua, en la que sólo se movían unos ojos llenos de pánico.
Shaddon fue el último en aparecer y tenía una pistola en la mano. Vio lo que sucedía con sus secuaces, lanzó un suspiro y dejó el arma a un lado.
--Está bien --dijo--. ¿Cuál es mi papel en este asunto?
--Me alegro de que empiece a ser sensato, Burt --sonreí, complacido. Moví la mano derecha significativamente--. Vamos, tráigase a la chica; he venido a llevármela.
--¿Qué chica? --preguntó Shaddon, asombrado.
--Burt, no me haga perder la paciencia o le convertiré en un ciempiés que cualquiera aplastará de un pisotón. Traiga aquí a Nellie Rhagmussen o...
--No conozco a esa Nellie Rhagmussen, señor Buckner.
Hubo un instante de silencio.
El tono de Shaddon había cambiado, evidentemente. Me llamaba «señor». Y parecía sincero.
Le vi alzar una mano.
--Sé lo que piensa y, dadas las circunstancias, está en su derecho --continuó tras una pausa--. Pero ya no trabajamos para él.
--¿«Él»? --repetí--. ¿Quién es?
Shaddon meneó la cabeza.
--No lo sé --respondió--. El tipo me citó en una casa y hablamos en una habitación completamente a oscuras. Dijo lo que debíamos hacer y me entregó un fajo de billetes. Pero anoche, cuando llamó para informarse y se enteró de que usted había escapado, dijo que podíamos considerarnos licenciados y que ya no necesitaba de nosotros. Así que si cree que hemos secuestrado a una mujer, piense en otros.
Volví la cabeza para mirar a los tres hampones que seguían en la misma posición. Shaddon dijo:
--Si no se fía de mí, puede registrar la casa, señor Buckner.
--Está bien --dije al cabo--. Le creo, Burt. Pero, entonces, ¿quién diablos ha podido raptar a Nellie?
--Hay cosas que no acaban de gustarme --manifestó Shaddon--, Admito que no soy un santo y que tengo algunos pecadillos sobre la conciencia, pero este asunto se está poniendo demasiado vidrioso y no quiero acabar en una penitenciaría para el resto de mis días.
--Alabo sus buenos sentimientos, Burt, pero, dígame, ¿por qué me secuestraron?
--El tipo nos ordenó que consiguiéramos la fórmula. No sé qué diablos puede ser esa fórmula, pero aseguró que usted la conoce.
Solté una carcajada.
--¿Yo? Pero ¿a quién diablos se le ha ocurrido semejante estupidez?

Shaddon se encogió de hombros.
--Repito lo que me dijeron --contestó--. No sé más ni entiendo qué diablos puede significar la fórmula, señor Buckner.
--Ya lo averiguará --prometí--. Pero ahora, lo que me interesa es rescatar a Nellie Rhagmussen.
--Un momento --exclamó Shaddon--. Quizá nosotros pudiéramos ayudarle.
Le miré con recelo.
--¿Vosotros?
--Bueno, ahora nos hemos quedado sin trabajo..., y este oficio no tiene seguro de paro.
Hurgué en mis bolsillos.
--Esto es todo lo que tengo, pero puedo daros más si me conseguís el paradero de Nellie Rhagmussen --dije. Y, de pronto, recordé la refriega en el bar--. Hay un tipo de buena estatura y cara de piedra...
--Jeb Coulter --exclamó Shaddon instantáneamente.
--Entonces, lo conoces.
--Sí. Trabaja para Gray Wade, alias El Rajah.
--Ah, le gusta vivir como un príncipe...
--No. Una vez echó a un hombre a los tigres del «zoo».
Me estremecí. Aquel Wade debía de tener los sentimientos de una hiena. En comparación con él, Shaddon" y los suyos eran alumnos de una escuela dominical.
--Sabrás donde vive, seguro --dije.
--Sí, pero será inútil que vaya a su casa. La chica estará en otro sitio..., y créame, tiene escondites suficientes para que nadie la vea el resto de sus días, si Wade lo quiere así.
Torcí el gesto.
--Tengo que encontrarla antes, Burt. Empezad a trabajar cuanto antes.
Hice un chasquido de dedos. Duffy, Harry y Wang volvieron a la normalidad en el acto.
--Ahora son mis «empleados» --decreté, rotundo.
--Así es, muchachos --corroboró Shaddon.
El trío se mostró instantáneamente respetuoso conmigo.
--Mande y «obadeseremos» --dijo Cicerón.
--Te compraré una gramática --sonreí, mientras me dirigía hacia la puerta--. Burt, supongo que es obvio que ya conoces el número de mi videófono.
--Váyase tranquilo, señor Buckner.
Era un consejo que no podía seguir, la cosa se complicaba todavía más.
Y no era sólo por los sentimientos personales de El Rajan, sino porque alguien creía, una cosa totalmente incierta. ¿Cómo diablos podía conocer yo la célebre fórmula Lavery-Rhagmussen?

Pero, de pronto, recordé algo que me había dicho Nellie. Era sobre una posible confidencia de su padre. y en mi memoria no había el menor dato sobre esa confidencia.
Nellie había dicho también que aún era pronto para que yo lo supiera todo..., lo cual significaba que ella sí lo sabía todo.
Y ahora estaba en poder de un individuo sin escrúpulos, el cual, como era lógico suponer, actuaba al dictado de Sturb.
Por todo lo cual, la deducción que surgía a continuación era la adecuada a las circunstancias.
Una visita a Sturb. Y no iba a mostrarme blando precisamente.

* * *

Como no sabía dónde se alojaba Sturb, pensé qué alguien podría decírmelo. Ese alguien tenía que ser Lavery o su hija.
Lavery no estaba en su casa. El mayordomo, aunque no sin reticencias, accedió finalmente a llamar a Hester. Y Hester apareció a poco en la pantalla del videófono, con cara de muy pocos amigos.
--Eres el mayor, sinvergüenza del mundo, Joe --me apostrofó duramente--. Nunca creí que tuvieras la cara dura de llamarme...
--En los últimos tiempos, mi cara ha adquirido la dureza del diamante --dije desenvueltamente.
--No es necesario que me lo jures --contestó ella--. ¿Por qué quieres saber dónde se hospeda Sturb?
--Tengo ciertos planes... --De pronto decidí ser astuto y dar de lado truculencias y exabruptos verbales--. Escucha, Hester, creo que todavía se le puede sacar más a Sturb...
--Lo dudo mucho. Papá ha conseguido ya todo...
--Perdona, nena; a veces, los jóvenes ven cosas que pasan desapercibidas a las personas de cierta edad, por más experiencia que posean. Es otra forma de «perspectivar» las cosas --dije pedantemente.
--Eso sí es cierto --convino Hester, mientras se mordía el labio inferior--. Pero si no hubiera sido por esa entrometida de Nellie Rhagmussen, el contrato estaría ya firmado --se quejó.
--Quizá ese aplazamiento resulte beneficioso para nosotros, perdón, para tu padre y para ti. Además, si es cierto lo que dice, debemos aceptar sus argumentos. Y si sacamos a Sturb más de lo que se había acordado en las conversaciones preliminares, los «royalties» de Nellie quedarán más compensados, creo yo.
--Pienso que tienes razón, Joe. ¿Cuándo piensas ir a ver a Sturb? Es para avisarle...
--¡No! Prefiero pillarle por sorpresa. Así puedo resultar más efectivo.
--De acuerdo. Sturb alquiló una villa en el Cuadrante. Creo que el nombre es Impulsus o algo por el estilo...

--Gracias, preciosa. Ya te llamaré otro rato.
--¡Joe! --gritó Hester.
--¿Sí, querida?
--El... el otro día no te portaste demasiado bien...
--Bueno, uno es humano y comete errores.
--Deberías pedirme perdón --dijo Hester mimosamente.
--Te lo pido.
--Te lo concederé, si vienes a cenar esta, noche conmigo.
Vacilé un momento. Pero era preciso evitar su despecho.
Porque no hay enemigo peor que una mujer despechada y yo, sin saber cómo, había dejado de estar enamorado de Hester.
¿Influencia de Phoebe?
En estos momentos, era algo que me tenía sin cuidado. Nellie Rhagmussen me preocupaba mucho más.

CAPÍTULO VIII

El Cuadrante era uno de los suburbios residenciales de más prestigio y en él había residencias que eran palacios de ensueño. Cada metro cuadrado de terreno costaba un ojo de la cara y, además, había una especie de junta rectora que no admitía a todo el que quería construirse allí su casa, ni tampoco permitía que los dueños de una residencia la alquilasen a según qué clase de personas.
Sturb había debido de gastarse una verdadera fortuna en el alquiler de la Impulsus, sin contar con lo que le habría costado convencer a la junta. Eso demostraba que había llegado á la Tierra sobradamente provisto de fondos y que no le importaba gastar lo que fuese, con tal de conseguir sus propósitos.
La villa tenía un gran jardín, rodeado por una tapia de más de seis metros de altura. Yo me dije que jamás construiría una villa semejante para mí. Por muy grande que fuese el jardín, por muchas comodidades y lujos que hubiese en el interior, aquella tapia privaba de la contemplación del maravilloso paisaje de los contornos. En realidad, las gentes que se construían semejantes residencias estaban prisioneras de su propio dinero.
Eso no es disfrutar de la vida, dígase lo que se diga. Pero yo no había ido allí para filosofar, sino para actuar.
Sobre el borde de la tapia había una hilera continua de púas de acero de un palmo de largo. Además, por la noche, estarían electrificadas, lo que convertía el recinto en una fortaleza inexpugnable, a menos que se emplease la artillería pesada. Pero los cacos vulgares no disponían de cañones, lógicamente.
La entrada estaba defendida por un pesado portón de acero, que

hubiera hecho un magnífico papel en el blindaje de un acorazado. Vi el botón de llamada, apreté un par de veces y aguardé.
Una voz, que brotaba de un invisible altoparlante, me preguntó qué deseaba. Dije mi nombre.
--Ah, señor Buckner, le estábamos aguardando --manifestó Sturb en persona--. Tenga la bondad de entrar, pero le ruego siga puntualmente las instrucciones que voy a darle.
--Sí, señor.
El muro de acero se descorrió a un lado. Más allá, a la derecha, divisé una cabina acristalada, pero no había ningún videófono en ella.
--Entre en esa cabina. Queremos cerciorarnos de que no lleva ningún arma, señor Buckner.
Obedecí. Entré en el cubículo y esperé unos segundos. Luego, Sturb dijo:
--Salga y siga recto por el sendero central.
Eché a andar. El sendero serpenteaba entre los árboles, debido a que debía ganar altura para llegar hasta la casa; situada en lo alto de una pequeña pendiente. Había una gran piscina, con cascada, pero no vi a ningún esbirro durante el trayecto.
--Entre en la casa y vaya al fondo, a la puerta de la derecha --ordenó Sturb.
Impasible, hice lo que me decían. Cuando abrí la puerta indicada, me encontré en una habitación completamente vacía.
--En, oiga, ¿qué diablos es esto...?
Alguien cerró la puerta a mis espaldas, con fuerte golpe. Me volví, pero no fui lo suficientemente rápido para impedir el gesto del hombre que me situaba en el cautiverio. No obstante, pude reconocer al tipo que se había situado junto a mí en el bar y peleado luego con el dueño. Aprecié un ojo a la funerala pero eso era todo.
La voz de Sturb resonó con burlonas tonalidades.
--Joe, creo que no es tan listo como parece --dijo desde algún punto que resultaba invisible pura mí--. Ha picado estúpidamente.
--Lo admito --contesté--. Pero, dígame, ¿por qué lo ha hecho?
--Usted sabe algo que me interesa muchísimo. Ya se puede imaginar a qué me refiero.
--No sé nada..., excepto que ha secuestrado a la hija de Rhagmussen --dije de mal talante--. ¿Dónde está Nellie?
--Permítame que no conteste a su pregunta. Pero ahora voy a ver si le someto a un trato de... «ablandamiento». Si eso no da resultado, recurriré a procedimientos más fuertes. ¿No se imagina por qué le he hecho entrar en la cabina?
--Hay detectores y quería comprobar que no llevaba armas...
Sturb lanzó una estridente carcajada.
--Nada de eso, amiguito. Lo único que he hecho es despojarle de esos

poderes sobrenaturales. Ahora es un hombre completamente normal.
--Tengo dos manos y dos piernas para defenderme.
--No le servirán de nada. El paso por la cabina tiene también otras consecuencias. Le dejaré ahí unas horas y luego hablaremos. Hasta la vista, Joe.
Se oyó un «click» como si se cerrase el interruptor del interfono. Y se hizo el silencio.
Miré en todas direcciones, tratando de buscar una escapatoria. La estancia en que me hallaba parecía un cuarto trastero, despejado apresuradamente de cuanto contenía y con tanta rapidez, al parecer, que ni tiempo habían tenido para limpiarlo. Había bastante polvo, algunas astillas de madera, una aguja de tejer... Pero la única abertura era la puerta y no cabía pensar en ella como vía de escape.
Además, yo había ido a buscar a Nellie y no me iría sin ella.
Pero ¿era cierto que mi paso por la cabina me había despojado de los extraños poderes que tenía?
De pronto, al mirar hacia arriba, vi que el techo parecía estar más alto que en el momento de mi llegada.
La pared de enfrente se alejó un poco. ¿Era una habitación de límites móviles?
Volví la cabeza hacia la puerta, que también estaba más lejos. Pero entonces me di cuenta de que mis ojos estaban a la altura de la puerta.
Un horrible escalofrío me hizo temblar convulsivamente al comprender el espanto de mi situación.
Sturb me estaba convirtiendo en un enano.

* * *

Era un optimista. Cinco minutos más tarde, yo hubiese dado todo el oro del mundo por ser un enano.
Ahora medía algo así como dos centímetros de «estatura, quizá un poco menos. Mi figura se había reducido cien veces. Por tanto, el techo de la estancia, que tenía unos tres metros, me parecía estar a trescientos de mis ojos.
Las motas de polvo me parecían pedruscos. La aguja de tejer era una especie de poste telegráfico. Las astillas eran como lanzas.
Durante largo rato, me sentí abrumado por el horror de la situación. Era una especie de nuevo Pulgarcito, aunque viviendo en un mundo mucho más hostil y agresivo, un mundo que resultaba completamente nuevo para mí y en el que no tenía la menor experiencia.
¿Podría sobrevivir?
¿Qué secuelas produciría en mi organismo aquella disminución de tamaño que, lógicamente, se realizaba en todos los elementos constitutivos de mi cuerpo?

De repente, me pareció oír un chirrido.
Algo se movió en el rincón opuesto. Tardé unos segundos en ver a la cucaracha.
El vello se me erizó en la nuca y no precisamente por el instinto de agresión. Aquel repugnante insecto se frotaba las patas delanteras y me pareció el caníbal relamiéndose mientras se asa el cuerpo de su víctima.
Desesperadamente, busqué con la vista un arma para defenderme. Lo único que tenía a mano era una astilla, que empuñé como si se tratase de un venablo, justo cuando la cucaracha iniciaba su galope hacia mí.
En el momento en que estaba a punto de alcanzarme, salté a un lado. El insecto pareció desconcertarse al fallar su acometida. Cuando se revolvía, me lancé a fondo.
Me pareció que atacaba a un rinoceronte con una jabalina. Pero el instinto me hizo buscar un punto vulnerable bajo su coraza quitinosa y la astilla penetró profundamente a través de su cuerpo. La cucaracha emitió un horrendo chirrido y cayó de lado, agitando furiosamente sus patas. Busqué otra astilla y terminé de rematarla.
Me limpié con una mano el sudor que cubría mi frente. Sentí un asco infinito; el hedor que despedía el insecto agonizante era insufrible.
Pero mis padecimientos no habían hecho más que empezar.
Algo chilló en el extremo opuesto. Lo que vi asomar, por un diminuto agujero, me puso los pelos de punta.
En mi tamaño normal, incluso me habría sentido inclinado a jugar con el gracioso ratoncito que acababa de hacer su aparición. Pero ahora yo no era para él más que una suculenta presa que debía pasar cuanto antes a su estómago.
Los diminutos colmillos me parecían sables que podían traspasar mi cuerpo no mayor que un cacahuete con toda facilidad. El múrido, por otra parte, recelaba de hallarse ante una presa que no le resultaba familiar. No era yo uno de los animalitos con los que debía cruzarse en sus correrías por la casa.
Sus bigotes se movían como antenas que quisieran captar mis pensamientos. Quizá el aspecto que yo le ofrecía le hizo acercarse con lentitud, sin demasiadas prisas.
Podía ver perfectamente los gestos que hacía con el hocico, olfateándome. Su cola se movía con gran lentitud y me pareció una serpiente boa empalmada al final de su columna vertebral.
El ratón olisqueó un instante la cucaracha muerta. Luego reanudó su avance.
Había visto algunas hilachas de tejido en el suelo. Vistas con mis actuales ojos, parecían calabrotes. Probé a levantar una y resultó demasiado pesada, pero, sobre todo, poco manejable. No, debía desechar aquella solución, aparte de que no disponía de lo que

hubiera necesitado en aquellas circunstancias: un lanzacabos.
Miré hacia arriba. Tenía que intentarlo con mis propias manos. Ciertamente, había practicado algunos deportes, aunque más bien como desahogo y cambio de ritmo en mi vida habitual, sin que nunca hubiese alcanzado resultados espectaculares. Uno de los deportes que no había practicado jamás era la escalada.
Y ahora tenía que hacerlo, antes de que Sturb volviese de nuevo.
Me acerqué a la puerta y pasé mi mano por lo que en mi estatura normal hubiera parecido pulida superficie. Con dieciocho milímetros de estatura, las perspectivas cambian. Las irregularidades de la madera se veían en ocasiones como grietas de tres y hasta cinco centímetros de profundidad. Para unas manos que medían, longitudinalmente, desde la punta del dedo medio hasta la muñeca, cosa de dos milímetros, aquello era más que suficiente.
Inmediatamente, empecé a trepar.
En ningún momento miré hacia abajo. Cuando he estado en algún lugar particularmente alto, no he sentido vértigo, pero ello es debido a la seguridad de que estaba protegido por un parapeto, una barandilla... Allí no tenía nada de eso. Cada centímetro que avanzaba hacia arriba representaba para mí un metro.
Una vez encontré un entrante, seguramente consecuencia de algún golpe, y me senté a descansar, a unos cincuenta centímetros del suelo. Realmente, lo que estaba haciendo era un ejercicio absolutamente desacostumbrado para mí y me había fatigado mucho.
Al cabo de un rato, continué la ascensión. Así pude llegar a la cerradura, cuyo túnel hube de atravesar, arrastrándome de costado, hasta asomar por la parte opuesta. Bogué para que nadie viniese a abrir; la llave, al introducirse primero y luego girar, me habría destrozado de la misma forma que lo habrían hecho las muelas de un molino.
El siguiente paso, tras el lógico descanso, fue Iniciar la bajada. Al fin, pude poner el pie en el suelo, al otro lado.
Ahora ya estaba libre. La que no estaba libre era Nellie Rhagmussen.
Y yo no podía marcharme de la casa sin rescatarla.

CAPÍTULO IX

Mi estatura me permitía ahora moverme por todas partes con entera libertad. Lo único que debía hacer, era tener cuidado de no recibir un pisotón., El lector puede imaginarse fácilmente las consecuencias.
Avancé en busca del vestíbulo. De repente, me pareció que se producía un terremoto.
Alguien caminaba cerca de mí. Vi unos zapatos inmensos, unas

piernas como obeliscos gigantescos y un cuerpo que parecía perderse en las nubes. Luego, el aire fue sacudido por terribles vibraciones.
El hombre hablaba sin dejar de caminar:
--¡Eh, Jeb! ¿Qué dice la chica?
--Lo que ya sabe. Insiste en las mismas respuestas, Gray --contestó alguien desde un punto situado, al parecer, en las profundidades de la Casa.
--Entonces, insiste tú también.
--¡De acuerdo.
El hombre se alejó. Ya no me cabía la menor duda de que era Gray Wade el Rajah, denominado así porque una vea había echado a alguien a los tigres del «zoo», como dicen que antaño hacían los maharajahs de la India con ciertos sentenciados a muerte. Y dado el apodo y los informes que tenía de él, no era preciso ser un lince para imaginarse cómo las estaba pasando Nellie.
Seguí la dirección de la segunda voz: Había una puerta entreabierta, de la que arrancaba una escalera que conducía a un sótano. No me resultó fácil descender el primer peldaño, diez veces más alto que yo, pero lo conseguí. Entonces, llegó hasta mí el sonido más horripilante que uno pueda imaginar.
Es preciso haber pasado por la amarga experiencia de verse reducido a la centésima parte del tamaño, para darse una idea de lo que es el grito de una mujer sometida a tortura. No hay palabras que puedan describirlo.
--Habla, maldita, habla --rugió Coulter.
--No... sé... nada... --jadeó Nellie.
--Bien, seguiremos...
El grito se repitió. Yo me sentí loco de ira, sin darme cuenta de lo que hacía, ansioso de llegar cuanto antes junto a Nellie, enloquecido de furor, salté el segundo peldaño.
Cuando estaba en el aire, me di cuenta de la equivocación que había sometido. Era como si hubiese saltado desde nueve o diez metros de altura, pero, sorprendentemente, caí sobre el suelo del siguiente escalón sin sufrir el menor daño, con una agradable lentitud que me dejó estupefacto durante un segundo.
Fue el tiempo que tardé en comprender que pesaba muy poco y que la gravedad actuaba sobre mí con muy escasa fuerza. Ello me animó y empecé a descender los escalones a toda prisa, espoleado por los incesantes alaridos de dolor de Nellie.
Cuando llegué al fondo del sótano, presencié un espectáculo indescriptible.
Nellie estaba sujeta por las muñecas a dos argollas encastradas en el muro. La habían desprovisto por completo de sus ropas y, frente a ellas, Coulter actuaba con una navaja de afeitar.

Cortaba diminutas tiras de piel..., y había cortado muchas y el cálido y acogedor cuerpo de Nellie parecía recién salido de una bañera que contuviera sangre en lugar de agua. Coulter hizo actuar la navaja una vez más, pero ahora Nellie no se movió. Tenía la cabeza inclinada a un lado; el dolor, sin duda, la había vencido y estaba sin conocimiento.
¿Cómo describir la ira que se apoderó de mí?
Ciertamente, no estaba enamorado de Nellie, y lo que había sucedido entre ambos era el lógico resultado del encuentro entre un hombre y una mujer jóvenes y; obedientes a los dictados de la naturaleza. Pero, aun dejando de lado estas consideraciones, Nellie era un ser humano horriblemente torturado.
Cuando estaba a un par de metros de Coulter, quien parecía ahora muy ocupado en encender un cigarrillo, sonó una voz en lo alto de la escalera:
--Eh, ¿qué dice la prisionera?
--Nada, se ha desmayado.
--Sigue en cuanto despierte. Tiene que hablar, ¿me entiendes?
--Hago lo que puedo y no es poco, Gray --respondió Coulter malhumoradamente.
--Insiste, insiste...
--Está bien, le echaré un poco de agua a ver si reacciona. ¿Qué dice el otro?
--Ahora lo sabremos; está a punto de recobrar su tamaño normal.
Coulter soltó una risa que pareció el estallido de un trueno en el infierno.
--Debe de ser una experiencia poco agradable --comentó.
--No la desearía para mí-dijo Wade.
Y se alejó.
En aquella breve conversación había algo que me interesaba particularmente.
Yo estaba a punto de volver a mi estado normal. Cuando eso sucediera, ¿qué podría hacer para salir con bien de la aventura, llevándome a Nellie fuera de Impulsus?
En el sótano había un par de sillas y una mesa, y sobre ésta una jarra con agua. Coulter la cogió y arrojó su contenido a la cara de Nellie, que se estremeció ligeramente.
Y en aquel preciso instante, yo sentí una especie de explosión interior, un estallido en todo mi cuerpo, una especie de hinchazón súbita, que acercó a mi vista los muros y el techo.
¡Era otra vez el mismo!
Nellie lanzó un sordo gemido. Y yo agarré lo que tenía más a mano: una silla.
Coulter oyó algo y empezó a volverse. El miedo, junto con la sorpresa,

ablandaron su cara de piedra, justo cuando la silla caía ya sobre su cabeza.
El golpe careció en parte de efectividad, porque Coulter no cayó de inmediato. Se tambaleó y, desesperadamente, intentó sacar un arma.
Pero yo había perdido el sentido de la mesura. Estaba como loco.
Golpeé de nuevo. Y volví a golpear, hasta que la cara de Coulter se convirtió en una masa informe, de color escarlata, y la silla se hizo pedazos. Cuando el sujeto cayó al suelo, le asesté todavía dos puntapiés en el costado. Me pareció oír el crujido de unas costillas. Pero ya no se quejó; estaba sin sentido.
Me acerqué a la joven y pronuncié su nombre, procurando dominar la sensación de horror que me producía su cuerpo torturado:
--Nellie...
Ella me oyó y se esforzó por abrir los ojos.
--Oh, Joe...
--He venido a liberarte --dije, mientras buscaba la forma de quitar las argollas que la sujetaban a la pared.
--Es... inútil... Joe, ve pronto... a mi casa... Busca en la pequeña biblioteca de mi padre...«Gulliver»... Ahí... está la solución...
--Déjate ahora de libros --murmuré crispadamente.
Pero, de súbito, la cabeza de Nellie se inclinó a un lado.
Yo me quedé inmóvil, paralizado por una sensación que me hacía sentir un frío espantoso. Me negaba a reconocer la verdad...
No, no quería creer que Nellie había muerto, a pesar de que tenía su muñeca sujeta por mis dedos. El corazón de aquella encantadora muchacha había dejado de latir.
Ya no se podía hacer nada por ella, excepto...
Un agudo grito llegó de la planta superior:
--¡Se ha escapado!
--¡Búsquenlo, idiotas! --tronó alguien, por cuya voz reconocí a Sturb.
Miré a todas partes. Si bajaban al sótano, me descubrirían de inmediato.
La silla con la que había atacado a Coulter estaba deshecha, pero aún podía aprovechar una de sus patas. Corrí hacia la escalera y me situé a un lado.
Alguien bajó, saltando los peldaños de cuatro en cuatro.
--Jeb, ¿está...?
Wade se interrumpió de pronto.
Y me vio, pero entonces yo empecé a sacudirte en la cabeza con la pata de la silla. Una, dos, tres veces..., no sé cuántas, hasta que el miedo asomó a su rostro, que ya se cubría de sangre y cayó de rodillas, gimiendo abyectamente. En el último golpe puse toda mi fuerza, y el forajido cayó de costado.
Busqué la salida. El vestíbulo estaba desierto.

Tenía el camino libre, pero sólo hasta la tapia. Si no conseguía abrir el portón de acero, mis esfuerzos habrían resultado inútiles. Seguiría atrapado en la trampa, como una mosca en la tela de araña.
De pronto, vi junto a la entrada una placa de metal, rectangular, de unos treinta centímetros por veinte, con un pequeño tirador. En el acto me imaginé lo que era.
En cuatro zancadas, me situé allí. Abrí y pude ver una pequeña palanquita, al lado de la cual había un micrófono. Cerré el contacto y se encendió una luz verde.
La puerta estaba abierta. A fin de que no pudieran cerrarla mientras corría en busca de la salvación, quité el fusible y me lo eché al bolsillo. Un segundo después, me lanzaba hacia el sendero.
Entonces sonó un grito agudísimo:
--¡Ahí va!
--¡Se escapa!
--¡Wade y Coulter están malheridos!
--¡Agárrenlo, imbéciles! --tronó Sturb--. No, las pistolas no; lo quiero vivo...
Pero ya era tarde. Cinco segundos después, cruzaba la puerta abierta y saltaba a mi monorrueda.
¡Estaba libre! Mas no contento.
Nellie había muerto horriblemente. Y yo tenía que vengar su muerte de algún modo.

* * *

Entré en mi casa muy entrada la noche, mortalmente agotado y deshecho por lo que había visto. Tuve que pensar en mí mismo; por desgracia, ya no era posible hacer nada en favor de Nellie. Ahora debía rehacerme, y lo que más me convenía era un baño.
Estuve casi una hora en la bañera, relajando mi cuerpo, aunque mi mente seguía funcionando a toda presión. ¿Por qué había mencionado Nellie cierto libro de aventuras?
Indudablemente, había en él una clave, pero ¿cuál era su significado?
Procuré dejar de pensar; ya tenía bastante con lo que había visto. Al fin, salí de la bañera, me sequé y fui a la cama. No dormí bien, aunque, a ratos, conseguí caer en un profundo sueño, que me hizo olvidar lo que había visto. Pero la memoria de cuanto me había sucedido en aquella residencia, volvió apenas desperté, ya bien entrada la mañana _ siguiente.
Aunque no tenía demasiado apetito, hice un esfuerzo por comer algo, ya que debía restaurar mis fuerzas. Cuando terminaba aquel obligado desayuno, llamaron a la puerta.
Busqué un cuchillo de cocina; era la única arma de que disponía. Al

abrir, reconocí a Phoebe.
--¡Joe! --exclamó la chica--. ¿Dónde te has metido? Y, ¿qué significa ese cuchillo?
--Protección --contesté secamente--. Los poderes que me otorgaste han desaparecido.
--Eso es imposible, Joe.
Solté una risa amarga.
--He tenido ocasión de comprobarlo. ¿Quieres café?
Phoebe me miró fijamente durante un segundo y luego dijo:
--Joe, a ti te pasa algo.
--Acabas de descubrir América --respondí cáusticamente, mientras cerraba la puerta--. Phoebe, ¿por qué diablos tuviste que meterme en todos estos jaleos?
--En cierto modo, la culpa es tuya, Joe.
--¿Mía? Oh, vamos... Tienes suerte de ser mujer; si fueses hombre, te dejaría la nariz lisa de un puñetazo.
Ella puso una mano en la mía.
--Por favor, soy amiga tuya; quiero ayudarte... Cuéntamelo todo, te lo suplico.
--¿Para qué, si la culpa es mía? Tú no has hecho nada, ni...
--Joe, tú rechazaste de motu propio el plan propuesto por Lavery. Nadie forzó ni influyó entonces en tu mente; fue algo que salió de ti mismo. Entonces es cuando decidí pedirte ayuda.
--¿Pedirme ayuda? ¡Pero si ha sido enteramente al revés!
--Oh, por favor; no te lo tomes así. Aunque no lo creas, me has ayudado...
--Sí, a costa de la vida de una buena amiga.
Phoebe se quedó sin aliento.
--Joe, no...
--Nellie murió anoche, después de ser horriblemente torturada.
Hubo una pausa de silencio. Busqué la cafetera y traje dos tazas. Phoebe tomó la suya con mano temblorosa.
--Cuéntame, Joe, por favor --pidió momentos después.
Cuando terminé de hablar, Phoebe lloraba como una Magdalena. Me dio lástima y tuve que aplicarme a consolarla, hasta que consiguió reaccionar.
--Sturb es un salvaje... --dijo, furiosa--. Cuando regrese a Ittrex, será castigado...
--Nena, olvidas que su delito ha sido cometido aquí. Los jueces de Ittrex no tienen jurisdicción en la Tierra.
--Pero un día volverá allí...
--Ese día queda muy lejos todavía,--aseguré--. Vayamos ahora a lo próximo, que es lo interesante. Nellie me dio una pista. No entiendo de qué pueda tratarse, pero estoy seguro de que significa la solución.

--¿Una pista?
--Sí. Mencionó un libro, una famosa novela escrita hace más, de trescientos años. Esta en la biblioteca de su padre; ella siguió viviendo en la misma casa y...
El videófono zumbó de pronto.
--Perdona --dije.
Segundos más tarde, tenía en la pantalla el rostro de Shaddon:
--Jefe, Wade y los suyos van a la casa del doctor Rhagmussen --informó.

CAPÍTULO X

--Ese tipo tiene el cráneo muy duro, Burt --dije yo.
--No sé lo que le habrá pasado, pero lo tiene vendado. La cara de Coulter está hecha una lástima...
--Son fuertes --murmuré--. Claro que yo no estoy acostumbrado a la lucha física y mis golpes debieron de resultar menos contundentes de lo que me parecían.
Shaddon se sintió admirado al oír aquéllas palabras.
--¿Lo hizo usted? --exclamó--. Créame, ha sido toda una hazaña. Hasta ahora, nadie había conseguido ponerles la mano encima...
--Alguno tenía que ser el primero y, créeme, Burt, lamento muchísimo que sigan vivos. Pero no será por mucho tiempo. Mataron a Nellie Rhagmussen.
Shaddon se sintió consternado al conocer la noticia.
--Nosotros nunca hicimos nada semejante --declaró.
--Pero Harry quería ponerme una bomba en el monorrueda --le recordé.
--Oh, era sólo un anestésico... El gas se habría expandido al dar usted el contacto...
--Y después tenías que haberme puesto en manos del hombre misterioso que te pagó con un kilo de billetes, más o menos.
--Bueno, eso ya pasó y estoy arrepentido...
--Está bien, dejémoslo, Burt. Has dicho que van a la casa de Rhagmussen.
--Así es. Wang les oyó mencionar ese sitio.
--Gracias, Burt. Eso es todo.
--Oiga, ¿no necesitará ayuda...?
--No, no quiero ayuda de ninguna clase. Adiós.
Cerré la comunicación y me volví hacia Phoebe.
--¿Lo has oído?
Ella hizo un gesto afirmativo.
--¿Qué piensas hacer, Joe?

Consulté mi reloj.
--Ya habrán llegado a su destino --respondí--. Dejemos que registren la casa.
--Pero se llevarán la clave.
--No lo creas. ¿Qué interés puede tener para ellos "Las aventuras de Gulliver en el país de Liliput"?
--¿Quién era ese Gulliver, Joe?
Suspiré.
--Phoebe, deberías seguir un curso de literatura terrestre --dije--. Ya lo sabrás a su debido tiempo..., pero antes mencionaste algo que ha llamado mucho mi atención. ¿Cómo puedes decir que no he perdido mis poderes?
Ella sonrió maliciosamente.
--Los poderes que tú tienes sólo te los puede arrebatar la persona que te los confirió --repuso--. Simplemente, Sturb quiso precaverse contra tus posibles reacciones y te hizo creer algo que no era cierto.
Me quedé con la boca abierta.
--¡No!
--Sí --insistió Phoebe--. Y si no me crees, haz la prueba de la invisibilidad...
Pero lo que yo sentía menos en aquellos momentos eran ganas de volverme invisible,
--¡Maldición! --grité exasperado--. ¿Por qué no me lo dijiste antes? Nellie podría estar viva todavía, ¿comprendes?
--¿Y qué sabía yo de tus intenciones? ¿Me dijiste algo? Además, no podía imaginarme siquiera que recurriesen a procedimientos tan salvajes.
--Conociendo a Gray Wade...
--Yo no le conocía. Pensé que Sturb obraría de muy distinta manera.
--¿Cómo, Phoebe?
--Hipnotizando a Nellie, por ejemplo. Aunque tal vez lo hizo y ella se resistió... acorazó su mente contra las influencias externas...
--Ya no importa demasiado --dije amargamente--. Nellie está muerta.
Guardamos silencio de nuevo. Phoebe me miraba con simpatía.
--¿Cuándo piensas ir a casa de Rhagmussen? --preguntó al fin.
--Esperaremos un poco. Cuando vean que no encuentran lo que buscan, acabarán por marcharse.
De nuevo sonó el zumbador del videófono. Di el contacto y en seguida pude ver el rostro de Hester Lavery.
--¡Joe, papá quiere...? --Lanzó un chillido--. ¿Qué hace esa furcia ahí, en tu casa?
Phoebe se acercó al aparato; ya que estaba situada casualmente en el campo de la cámara.
--Soy una callejera --dijo con toda frescura--. Ofrezco mis servicios

galantes a los caballeros que los pagan..., pero para el señor Buckner he actuado gratuitamente. Cuando encuentro a un hombre que me gusta, no le cobro nada... ¡Y Joe es todo un hombre!
Los ojos de Hester despedían llamas.
--Joe, considera roto nuestro compromiso --dijo agudamente.
--Creía que estaba roto-contesté--. Pero también me parece haberte oído mencionar al «rey de las moléculas».
--Papá quiere verte. Aceptará la devolución del dedo.
--¿Aún sigue jugando «Jove» con él?
--Sí. Papá ha roto todos los tratos con Sturb. Ha llegado a la conclusión de qué tú tenías razón. Pero esto no tiene que ver con lo nuestro, ¿entiendes?
--Entiendo perfectamente y felicito al señor Lavery por su nueva manera de pensar, pero debes decirle que ahora me es imposible ir a verle.
--¡Joe! Te necesita...
--Aunque no lo parezca, todavía sigo trabajando para él. Adiós.
Cerré la comunicación y me encaré con Phoebe.
--Conque no cobras nada a los tipos de quienes té encaprichas...
Ella se asustó y empezó a retroceder.
--Joe, no me mires así. Lo dije en broma. Yo nunca...
--Nunca, ¿qué...?
--Bueno, pues... eso --dijo, colorada hasta las orejas.
--Algún día...
De pronto, me eché a reír.
--Dejemos el tema a un lado; es muy vidrioso. --La agarré por una mano--. ¡Vamos!

* * *

La residencia de Rhagmussen estaba que daba pena.
Cortinas rasgadas, muebles destripados, el papel arrancado de las paredes, botes de conserva vacíos de su contenido... Phoebe contempló el panorama y se sintió espeluznada.
--¡Señor, qué devastación! --murmuró.
En lo que había sido cuarto de trabajo y biblioteca del difunto Rhagmussen, el espectáculo era aún peor. Los papeles se amontonaban por todas partes y no había quedado un solo libro en los estantes.
Al cabo de unos momentos, me dije que era necesario pasar a la acción. La inmovilidad no conducía a nada práctico.
--Empieza a buscar --dije--. El autor es Jonathan Swift.
--Sí, Joe --contestó ella.
Tardamos cosa de media hora. El libro había sido hojeado página a página, pero aparecía intacto. Sin embargo, no pude descubrir en él la

menor señal que me diera una pista.
Phoebe me quitó el libro de las manos y hojeó rápidamente las primeras páginas. Al cabo de un rato, me miró desconcertada.
--Joe, ¿estás seguro...?
--Absolutamente --respondí con firme acento.
Se mordió los labios.
--No, no pudo engañarte. La solución está aquí, pero... ¿cuál es?
--Te propongo un plan. Vamos a retirarnos a algún lugar donde no puedan encontrarnos durante cierto tiempo y examinar el libro a fondo. ¿Qué te parece?
--Magnífico --aprobó ella.
Y ya nos disponíamos a salir, cuando, de pronto, vi a lo lejos a unos tipos que se acercaban a la casa.
--¡Mira, Phoebe, vuelven! --exclamé.
--Tenemos que salir de aquí, Joe --dijo ella.
--Pero nos verán...
--Has recobrado tus poderes. Vuélvete invisible.
Phoebe empezó a quitarse la ropa. Yo hice lo mismo.
Pero me retrasé un poco. Phoebe se dio cuenta de mis intenciones y me dio una bofetada.
--Tipo fresco...
--Tienes una figura llena de atractivos --sonreí.
Momentos después, Wade y Coulter entraban en la casa. El aspecto de ambos era lastimoso, pero todo lo que no era cara o cráneo estaba en magníficas condiciones. Les dejamos pasar y luego echamos a correr.
Sonó un grito:
--¡Mira, Gray; sus ropas!
Wade lanzó un rugido.
--¡Se han vuelto invisibles!,--dijo, fuera de sí.
El libro sí era visible, pero no lo pudieron ver, por que corríamos a través del jardín y las plantas lo ocultaban a su vista. Habían llegado en un monorrueda y sentí un gran placer al inutilizarle los sistemas de control.
Aquellos rufianes aullaron de furor al ver que se alejaba nuestro monorrueda. Trataron de perseguirnos, naturalmente, pero mi maniobra se lo impidió oportunamente... Los puños que blandieron amenazadoramente no les sirvieron para nada.

* * *

El barman llenó, una copa y Shaddon se dispuso a tomarla. Entonces, yo dije:
--Burt, quiero hablar contigo.
--Sí, señor Buckner.

Shaddon volvió la cabeza y no vio a nadie. El salto que dio en el acto, le hizo separar sus posaderas más de un palmo del taburete.
--Estoy soñando --murmuró--. Oigo voces...
--No sueñas, Burt. --Puse mi mano sobre la manga de su traje, que se hundió ligeramente--. Soy invisible.
--Ah, sí, invisible... --de pronto, Shaddon rompió a reír convulsivamente--. Ja, ja, ja, pero ¡qué bueno...!
Furioso, le arreé una patada en la pantorrilla.
--No seas imbécil --le apostrofé a media voz, dándome cuenta de que la gente empezaba a mirar en aquella dirección--. Pórtate con mesura, por todos los diablos.
La nuez de Shaddon subió y bajó un par de veces.
--Es que yo no...
El barman se acercó, solícito.
--¿Te sientes mal, Burt? --preguntó.
Yo agarré el codo del sujeto y presioné con fuerza. Shaddon empezó a reaccionar y entendió la señal.
--No, no, sólo un poco preocupado... Hablaba en voz alta... Toma, guárdate la vuelta, Mac --dijo, a la vez que lanzaba unas monedas sobre la barra.
--Gracias, Burt.
Shaddon salió a la calle, remolcado por mi mano.
--Siéntate en el puesto del conductor y llévanos a la casa donde me tuviste secuestrado la primera vez --ordené--. ¿Dónde están los otros?
--Cenando en...
--Déjalos por ahora. Anda, vamos.
Shaddon estaba hecho un puro lío.
--Oiga, ¿cómo lo ha conseguido? --dijo, después de poner en marcha el monorrueda--. Si lo patentase, se «forraría»...
--No me pertenece la patente --contesté malhumoradamente--. Y cierra el pico de una vez.
--Sí, eso; no me dejas concentrarme --dijo Phoebe.
--¡Jesús, más gente invisible! --respingó Shaddon.
--Una chica muy bonita. Tendrías que verla sin ropa...
--¡Joe, no seas obsceno! --protestó ella a pleno pulmón.
--Cuando salga de ésta, me retiraré de la mala vida --gimió Shaddon--. Juro ser honrado, trabajador, asistir a misa todos los domingos...
--Basta de sollozos, Burt. La señorita Dullin necesita concentración.
--Sí, señor, como ustedes ordenen.
Un cuarto de hora más tarde, estábamos fuera de la ciudad, rodando a casi doscientos kilómetros a la hora. De repente, Shaddon lanzó una exclamación:
--¡Jefe, nos siguen!
Phoebe se sobresaltó. Yo le hice una pregunta:

--¿Estás seguro?
--Sí... Bueno, me siguen a mí, porque a ustedes no les ven...Es ese monorrueda plateado...
Miré hacia atrás. Efectivamente, había más vehículos en la autopista, pero el que había señalado Shaddon parecía pegado al nuestro.
--Reduce a ciento cincuenta --ordené.
Shaddon obedeció. El otro monorrueda redujo también la velocidad, pero su conductor no intentó adelantar al nuestro, lo cual corroboró las sospechas de Shaddon. Por tanto, era preciso hacer algo para espantar a aquel inoportuno moscón.
--Burt, dame tu pistola --pedí.
El tipo me la entregó. Yo saqué medio cuerpo por fuera de la ventanilla. Nuestro perseguidor, lógicamente, no podía verme.
Por supuesto, no pensaba liarme a tiros con el sujeto, aunque bien se lo merecía. Tomé impulso y lancé el arma con todas mis fuerzas.
La pistola se estrelló contra el parabrisas y lo hizo saltar en un ruidoso estallido de vidrios rotos. El conductor, lógicamente asustado, hizo un extraño. Para seguirnos, tenía que guiar manualmente, a fin de acomodarse a nuestra marcha, por tanto, no podía conectar el programador de rutas.
El monorrueda, a ciento cincuenta por hora, se salió de la autopista, atropello la barrera y saltó por un terraplén herboso, de unos diez o doce metros de altura. Rebotando como una pelota, continuó su enloquecida marcha, hasta encontrar el infranqueable obstáculo de un árbol de recio tronco. Hubo una especie de explosión y allí acabó todo para el espía.
Satisfecho, me recliné en el asiento, Shaddon dijo:
--Jefe, los tiene bien puestos.
--Cuidado, hay una dama delante --sonreí--. Por cierto, ¿conoce alguien tu escondite?
--No, señor --fue la rotunda contestación del sujeto.

CAPÍTULO XI

Phoebe salió de uno de los dormitorios, con las manos en el borde de la chaqueta del pijama.
--Estoy ridícula --se quejó.
--Entonces, quítatelo y vuélvete invisible --aconseje yo.
--No puedo. Shaddon devuelve la comida cada vez que me ve comer a mí.
Me eché a reír. Ciertamente, no es agradable ver cómo se mueve hacia abajo un bocado recién masticado. Por ello habíamos decidido volver a nuestro estado normal, pero sin ropas, debíamos aprovechar lo poco

que Shaddon tenía en su guarida.
Ahora, Shaddon había ido a comprar víveres, ya que el frigorífico estaba casi vacío. Phoebe y yo estábamos solos en la casa, en la que llevábamos casi veinticuatro horas, gran parte de las cuales habían sido destinadas por la chica a tratar de encontrar la clave señalada por Nellie.
El pijama, realmente, le estaba grande, pero ello la hacía muy atractiva. Me acerqué y le puse las manos sobre los hombros.
--Hola, Phoebe.
Sentí un ligero temblor de su cuerpo.
--Joe...
--¿Sí, Phoebe?
De pronto, dio un paso atrás. Estaba muy sofocada y respiraba con fuerza.
--No, Joe.
--Bien, como digas --contesté, ocultando mi decepción. Por otra parte, no podía comportarme como un salvaje.
--Hablemos de otra cosa --propuso Phoebe--. ¿Sabes que estoy a punto de descubrir la clave?
--¡Buena noticia! --exclamé.
--Me falta encontrar la palabra básica que será como la llave que permitirá abrir una puerta hasta ahora cerrada. Y me parece que ya no tardaré mucho.
Empecé a caminar hacia la cocina.
--Sigue --dije--. Voy a llevarte café.
--Gracias, Joe. --Phoebe se alzó de puntillas y me besó en un lado de la cara--. Eres un tipo estupendo.
--Empiezas a pensar como una terrestre --sonreí.
Una hora más tarde, Phoebe, desde su retiro, lanzó un grito.
--Joe, ¿qué se dice aquí cuando se encuentra la solución de algún enrevesado enigma?
--¡Eureka! --contesté a voz en cuello.
--Pues, entonces... eureka, Joe.
Corrí a su cuarto. Phoebe me miraba con ojos muy brillantes.
--Algunas letras de las que componen la narración tiene un tono ligeramente más acusado. Situándolas en un ángulo adecuado, emiten un tenue resplandor al ser sometidas a la acción de una lámpara común --explicó--. Entonces, es preciso copiar todas las letras que poseen estas características y eliminar después las sobrantes.
--No entiendo --dije.
--Es muy sencillo. Entre cada letra «útil», hay cuatro superfluas. Es una cifra muy antigua y muy simple, pero lo que la hacía realmente indescifrable era la diferencia de entintado de cada letra con las restantes de su página.

--Ahora sí resulta claro. Y, ¿qué dice el mensaje?
--Contiene la fórmula química de un preparado, junto con la dosis correcta, que es preciso inyectarte, para liberar a cierta porción de tu mente de la invisible coraza que esconde el secreto de la fórmula.
Me quedé con la boca abierta.
--Yo..., yo conozco la fórmula...
--Sí --confirmó ella, muy seria--. El doctor Rhagmussen te sometió a la acción de su preparado y te hizo aprender de memoria esa fórmula, porque sospechaba...
--¿Qué sospechaba, Phoebe?
--Que iba a ser asesinado.
Un ominoso silencio descendió sobre nosotros. Yo me resistía a creer en lo que acababa de escuchar, pero no había motivos para dudar de las afirmaciones de Phoebe.
De pronto, se oyó el ruido de la puerta.
--Ahí viene Burt --dijo ella--. Debo hacerle la lista de las sustancias que debe adquirir, así como la jeringuilla para inyecciones. Joe, cuanto antes conozcamos la fórmula, mejor para todos.
Phoebe me entregó un papel.
--Lee detenidamente --dijo, en el momento en que Shaddon hacía su aparición--. Burt --añadió--, lo siento, pero tiene que salir otra vez.
--¡Caramba! ¿Qué sucede, señorita Dullin? --se sorprendió Shaddon.
--Ya se lo explicaré en otro momento. Ahora, lo único que debe saber es que las compras que voy a encargarle son muy urgentes.
--Está bien, como usted diga...
Phoebe se sentó y escribió durante un par de minutos. Al terminar, entregó la cuartilla a Shaddon.
--Sea discreto y vea que nadie le siga --aconsejó.
--Descuide.
Para entonces, yo me había enterado del mensaje cifrado y conocía toda la verdad, a excepción de la fórmula.

* * *

El magnetófono funcionaba mientras yo hablaba y hablaba, sumido en el estado letárgico indicado por Rhagmussen. Aunque no los veía, Phoebe y Shaddon estaba frente a mí, sin perderme de vista un solo segundo.
Ignoro cuánto tiempo permanecí bajo hipnosis. Sólo sé que, de repente, desperté y vi que me ofrecían una taza de café.
--Beba, jefe; le he puesto unas gotas de brandy --dijo Shaddon.
Mientras me reanimaba, añadió:
--Los chicos están fuera, vigilando. No hay enemigos a la vista.
--Gracias, Burt --dije, desmayadamente.

Miré a Phoebe. Ella estaba horriblemente pálida.
--¿Qué sucede? --pregunté, muy alarmado.
--Algo espantoso, Joe. Si no actuamos a tiempo la Tierra corre peligro de convertirse en... en nada.
--Quedará como un terrón disuelto en agua caliente --dijo Shaddon.
Salté en mi asiento.
--Eso es una tontería --barboté.
Phoebe meneó la cabeza.
--Es rigurosamente cierto, Joe --dijo--. Pero eso no es lo peor.
--Estoy hecho a oír desgracias --manifesté--. Habla claro de una vez.
--Según los datos del doctor Rhagmussen, quedan escasamente veinticuatro horas para que se inicie un irrevocable proceso de disgregación molecular de todo el planeta.
Phoebe me tomó de la mano, yo no me sentía capaz de hacer el menor movimiento, y me condujo hasta una silla situada junto a la mesa donde estaba el magnetófono.
--Escúchate a ti mismo y comprobarás que no he exagerado absolutamente nada.
Hice lo que me indicaba. Una hora más tarde, me puse en pie, terriblemente consternado.
--Phoebe, creo que no tenemos más que una solución --dije.
--Sí --convino ella.
--Hemos de ir a la planta de descohesión y...
--Y detener la maquinaria.
Shaddon se puso una mano ante los ojos.
--He visto fotografías de esa planta --manifestó--. Aparte de que es inmensa, está tan vigilada como una base militar secreta. No podrán entrar allí...
--Los que vigilan la planta no podrán cerrarnos el paso, Burt --dije.
--¡Es verdad! Pueden volverse invisibles... Pero, aun así, hay vallas...
--Alguna vez se abrirán.
--¡Y no será fácil detener la maquinaria.
--Toda maquinaria funciona merced a una determinada fuente de energía. Cortando el flujo de energía, paralizaremos la planta, Burt.
--Pero pueden echarla a andar otra vez --objetó Shaddon--. Supongamos que encuentran el interruptor general y que lo desconectan. Supongamos también que retiran los fusibles de seguridad... Esas operaciones se pueden realizar en sentido inverso y la planta volvería a funcionar a los pocos minutos.
Me volví hacia Phoebe.
--Burt tiene razón --dije.
Ella se sintió repentinamente desanimada.
--Entonces, ¿hemos de permitir...?
--Pero hay una solución --añadió Shaddon.

--¿Cuál? --pregunté esperanzadamente.
--Volar el cuadro de control central.
Shaddon sonrió.
--Y yo les proporcionaré los explosivos --afirmó.

* * *

Tal como había dicho Shaddon, la planta de descohesión molecular era una inmensa serie de construcciones, a la que afluían continuamente gigantescos camiones cargados de tierra de las más diversas procedencias. La tierra iba a parar en primer lugar a unas enormes tolvas, en donde se realizaban las sucesivas operaciones de trituración, hasta reducir el mineral a un polvo finísimo, cada una de cuyas partículas no medía más de una micra. Sólo entonces, aquel polvo pasaba a la sección de descohesión, en la que se realizaba la base final del proceso.
Allí los diferentes elementos químicos eran aislados y aglomerados nuevamente, saliendo transformados en bloques de dos centímetros cúbicos exactamente, lo que facilitaba su manejo. Cada bloque era un paralelepípedo de veinte centímetros de largo por diez de ancho, pero no todos los elementos químicos se aprovechaban en aquella selección.
Los detritus resultantes se acumulaban en enormes montones cónicos situados lejos de la factoría, pero en el interior del recinto, al objeto de ser aprovechados en una segunda fase del proceso. La planta de la maquinaria propiamente dicha, que tenía una longitud cercana al kilómetro, hundía, por otra parte, unas tuberías en el suelo, provistas de trépanos, que funcionaban en períodos de tiempo de duración determinada, y que servían asimismo para extraer ciertos minerales que se daban con preferencia en aquel lugar. Allí, precisamente, en aquellas «raíces», estaba el peligro anunciado por el doctor Rhagmussen.
El funcionamiento de la planta no se interrumpía jamás. Por la noche, potentes reflectores alumbraban el recinto y muy especialmente la valla que lo delimitaba, en torno a la cual paseaban constantemente hombres armados hasta los dientes. Cuando Phoebe y yo, desnudos, pero invisibles, llegamos a las inmediaciones, estábamos ejecutando ya el plan ideado principalmente por Shaddon.
El cambio operado en Shaddon resultaba espectacular. Claro que también influía el natural instinto de supervivencia. Pero él y sus «chicos» eran los encargados de entrar clandestinamente los explosivos.
Un camión, con cien toneladas de carga, se detuvo ante la puerta. El jefe de la vigilancia examinó la documentación del conductor. Al cabo

de unos segundos, hizo una seña con la mano y uno de los centinelas manejó el control de apertura. Diez metros longitudinales de valla se deslizaron silenciosamente a un lado.
Para Phoebe y para mí, no resultó difícil penetrar en el recinto, colgados de la plataforma de carga. Una vez franqueada la entrada, nos dirigimos hacia el edificio donde se hallaba la maquinaria de control de energía.
Junto a la puerta, había un centinela, con el rifle terciado. Alguien llamó su atención unos instantes.
--Eh, tú...
El centinela se volvió. Vestido con el mono anaranjado, indispensable en todo conductor de camión, Shaddon agitaba una mano.
--¿Qué pasa? --preguntó el guardia, de mal talante.
--Estoy buscando la oficina de facturación...
--Eres nuevo, ¿verdad?
--Así es. Lo siento, chico, no quería molestarte... --Shaddon sonrió, a la vez que sacaba un frasquito plano del bolsillo posterior de su mono--. ¿Te apetece un traguito?
El centinela, receloso, miró a derecha e izquierda.
--Trae --murmuró--. Oye, cúbreme...
--Claro, hombre.
Shaddon se colocó con aire natural delante del centinela, quien, sin pensárselo dos veces, se llevó el gollete del frasco a la boca. Después de un largo trago, se limpió los labios con el dorso de la mano, eructó satisfecho y miró, sonriendo, a Shaddon.
--Buen brebaje, por todos los diablos --elogió.
--Sirve mucho para entretener los viajes un poco largos. El programador automático de rutas mata de aburrimiento si no se lleva una distracción como ésta. ¿Repites?
--Claro, compadre.
El guardia repitió. De pronto, todo su cuerpo se puso rígido, a la vez que sus pupilas se escondían hacia arriba. Suavemente, Shaddon le quitó el frasco, sujetándolo con una mano. A continuación, lo situó con la espalda apoyada en la pared y el rifle sobre sus piernas.
--Listos --dijo a media voz--. Estará así cinco minutos. Procuren no demorarse.
--Eres un mago, Burt --sonreí, a la vez que abandonaba mi escondite.
Ya tenía en las manos una caja negra que alguien había dejado allí previsoramente. Con ella en las manos, me lancé a través de la puerta que Phoebe acababa de abrir.
El interior del edificio, una caseta de regulares dimensiones, sin ventanas exteriores, estaba brillantemente iluminado. A dos metros del suelo había una especie de puente de metal, al que se accedía por una escalera, protegida por una barandilla de hierro brillante y pulido.

El puente terminaba en una puerta, también de metal, sobre la que había un gran rótulo de color rojo, con las letras en blanco: «INTERRUPTOR CENTRAL, PROHIBIDO SU MANEJO A PERSONAL NO AUTORIZADO.»
--Nosotros tenemos todos los permisos del mundo --dije, mientras subía los peldaños de dos en dos.
En unos segundos, estuve frente a la puerta. Hice girar la manija y el cuadro de control quedó ante mis ojos.
Podía haber bajado el interruptor, pero prefería emplear el explosivo. Abrí la caja y vi en ella un rollo de cinta adhesiva. El reloj estaba parado y lo puse en marcha, graduando el tiempo de explosión para ciento cincuenta segundos. Tapé la caja de nuevo y la situé justo debajo dei interruptor, sujetándola con tiras de la cinta adhesiva. Veinte segundos más tarde, me lanzaba de nuevo en busca de la escalera.
--Vamos, Phoebe.
--Te sigo, Joe --contestó ella.
Alcanzamos la salida. Shaddon estaba en la puerta.
--El centinela despertará dentro de unos segundos --informó.
--Lárgate, Burt. La cosa está en marcha --dije.
--Está bien. Buscaré a los otros...
--Ah, pero ¿han venido?
--Se necesitaba gente para cubrirnos las espaldas si era necesario --sonrió Shaddon--. Los tengo en el camión.
--Nos reuniremos en la puerta --dije.
--De acuerdo.
Shaddon se alejó con paso tranquilo. El centinela empezaba ya a rebullir. Confié en la experiencia de Cicerón. Podía destrozar el lenguaje cuando hablaba, pero Shaddon me había garantizado su habilidad con los explosivos. La carga preparada no tendría apenas repercusión en el exterior.
Phoebe y yo caminamos juntos. Tardamos un par de segundos en darnos cuenta de que marchábamos por un sitio donde la tierra estaba blanda y dejamos marcadas claramente nuestras pisadas.
--Ven por aquí, Phoebe --llamé, alarmado.
Repentinamente, un foco alumbró de lleno la zona en que nos encontrábamos. Una lluvia de algo espeso cayó sobre nosotros, procedente de la manguera de un camión contra incendios, situados a quince metros escasos de distancia. Los faros del camión alumbraron dos siluetas negras, inmóviles, convertidas por el asombro en sendas estatuas.
--Les estaba aguardando --dijo Sturb, situado justo detrás de las faros del camión--. Por favor, no se muevan --añadió--; tengo unos buenos amigos que les están apuntando con sus armas.

CAPÍTULO XII

Phoebe lanzó un gritito. Yo pasé un dedo por la pasta que me cubría y que, lógicamente, anulaba mi invisibilidad. Era arcilla, muy fluida, con algo de goma, para aumentar su adherencia.
--Sturb, usted no tiene derecho a estar aquí --dije.
--Tengo una autorización de Lavery para examinar y estudiar las instalaciones, a cualquier hora del día y de la noche y en compañía de las personas que estime de mi confianza --respondió el sujeto--..El jefe de seguridad me conoce, le informé de lo que podía suceder y me ha concedido carta libre para actuar como mejor proceda, en beneficio de las instalaciones. Habrá visto --continuó--, que es imposible penetrar en el cuarto central de control.
Contuve un gesto de sorpresa. Así pues, Sturb no sabía que ya estábamos de regreso.
--Sí, lo he visto --respondí con voz neutra.
--Ahí cerca hay un camión cargado. Ahora arrojarán su carga a la cinta de transporte que la conduce a la primera tolva de trituración. Tengan la bondad de subir al camión.
Agarré la mano de la chica.
--Vamos, Phoebe --dije.
Ella me siguió en silencio. Alumbrados por los focos, trepamos a lo alto de la carga.
--Sturb --dije, cuando el gigantesco volquete empezaba a inclinarse lentamente--, creo que debe saber algo. Conseguimos penetrar en la central y hemos colocado un explosivo.
--¡No! --aulló el sujeto.
De repente, se oyó una atronadora explosión.
El techo de la caseta voló por los aires, a la vez que se apagaban las luces instantáneamente. Yo agarré la enlodada mano de Phoebe y tiré de ella.
--«¡Salta!
Phoebe no se hizo de rogar. Desde casi seis metros, nos lanzamos por el otro lado del camión, mientras en torno nuestro se producía un escándalo inenarrable.
--¡Luces de emergencia! --gritó alguien.
Se encendieron unos focos. Yo guié a Phoebe hacia cierto lugar que había visto antes.
--Métete debajo --indiqué.
Era una gran ducha, con la que se lavaban en ocasiones determinadas porciones de mineral. El chorro de agua invisibilizó instantáneamente a la muchacha.
Pero la maquinaria no se había detenido. Sturb, provisto de un

megáfono, me lo explicó en seguida:
--¡Buckner, usted es tonto! Cada unidad posee una batería, que la permite funcionar en caso de apagón, durante seis horas. Antes de que transcurra este tiempo, habremos reparado...
Una terrible explosión le interrumpió repentinamente. En alguna parte, se oyó ruido de metal que se rasgaba, el sonido de las torturadas planchas de acero al sufrir los efectos de la explosión.
«Bravo, Burt», dije mentalmente.
El ittrexita estaba loco de rabia. Gritaba frenéticamente, pero nadie parecía hacer caso de sus órdenes.
Alguien dijo:
--¡Se va a producir una explosión en cadena! ¡Huyan, huyan!
Sonó otra detonación. Shaddon y sus amigos habían venido bien provistos de cargas explosivas.
De pronto, un hombre llamó:
--¡Eh, aquí!
Phoebe y yo estábamos limpios de la arcilla. Al volvernos, vimos a Cicerón en la esquina de un edificio.
--¡Aquí, chicos! --llamó de nuevo.
Coulter y Wade, pistola en mano, corrieron hacia aquel lugar. Cuando alcanzaban la esquina, el suelo se incendió súbitamente en un cegador haz de llamas. Los vi volar por los aires, brazos y piernas extendidos, las ropas hechas jirones, convertidos en unos muñecos que, al fin, cayeron a más de veinte metros de distancia.
El personal huía en loca estampida, atropellando cuanto encontraba a su paso. Sturb, desconcertado y amedrentado, se apartó a un lado, huyendo de aquella ciega manada humana, compuesta por centenares de personas que sólo pensaban en salvar la vida.
Sturb no se fijó en el lugar donde se situaba, que era justo bajo la caja de carga del camión al que nos había enviado. El volquete seguía inclinándose lentamente.
De súbito, se oyó un sordo estruendo.
Sturb chilló, pero su voz se apagó casi instantáneamente, cuando más de cien toneladas de tierra y rocas cayeron sobre él. Era imposible pensar en su salvación.
Yo, no lo lamentaba en absoluto.
El estruendo de la gente que huía se apagó a los pocos momentos. Un camión se dirigió hacia la salida, ahora abandonada por sus vigilantes. El conductor se asomó por la ventanilla.
--¿Están ahí? --gritó Shaddon.
--Aquí estamos --contesté.
Ayudé a subir a Phoebe. El estribo estaba muy alto y tuve que poner ambas manos en..., bueno, ahí, para ayudarla a subir. Cuando estuvo arriba, ella se volvió, indignada:

--Debieras haber subido el primero y darme entonces la mano...
--Me ha gustado más de esta manera --respondí, desvergonzadamente.
--No lo he visto, pero me lo figuro --exclamó Shaddon con jovial acento--. Y, sinceramente, le envidio, señor Buckner.
--Bah, ha sido como poner las manos en una, estatua...
--¿Estatua? ¿Estatua yo? --dijo Phoebe, furiosa--. Me gustaría poder demostrarte que soy tan mujer como cualquiera otra...
--Oigan, si lo desean, llamo a los chicos y ustedes se van a la caja de carga --dijo Shaddon--. Nosotros somos muy comprensivos, ¿saben?
--Ya llegará el momento --contesté--. Burt, ¿se le ocurrió a usted lo de la explosión en cadena? Fue una magnífica idea, créame.
--Bueno, algo había que hacer para crear confusión. Cicerón había preparado más cargas y...
Me acordé de Wade y Coulter, los sujetos que habían dado muerte a Nellie de forma tan cruel.
--Se la teníamos jurada --añadió Shaddon, como si adivinase mis pensamientos--. Lo que hicieron con aquella pobre chica era imperdonable.
--Gracias, Burt --dije llanamente,
Vestidos y visibles, aparecimos aquella misma, tarde en la residencia de Lavery., Mi ex suegro, al verme, bramó enfurecido:
--¡Devuélveme mi dedo, Joe!
--Calma --dije--.Aún tenemos que hablar. He de decirle muchas cosas.
--Me has destrozado la, planta...
--Lo sé, aunque también sé que podrá ponerla en funcionamiento después del período de descanso prescrito en la fórmula Rhagmussen. Perdón, el Gobierno será quien se encargue a partir de ahora del funcionamiento de la planta.
Lavery se hundió en su sillón.
--No entiendo...
--Es usted muy torpe, cuando le conviene, porque demasiado sabe a qué me refiero. Su suerte estriba en que, verdaderamente, Rhagmussen murió de un infarto, precisamente el mismo día en que usted había decidido su asesinato. De lo contrario, ahora estaríamos hablando los dos separados por una reja.
--Yo, yo...
--Usted quería quedarse con la fórmula para sí y disponer de ella libremente, ignorando las disposiciones testamentarias de Rhagmussen --proseguí, implacable--. El hombre a quien envió con la orden de asesinar al doctor, se lo encontró ya muerto en su despacho, aunque, para cobrar la recompensa ofrecida, le dijo que le había matado. Naturalmente, le entregó la libreta que contenía la fórmula, en la cual, cuando se la pida a usted un juez, se verá que faltan las dos últimas páginas, en las que se indican precisamente los tiempos de

funcionamiento y detención de la planta. Un funcionamiento indefinido provoca, al cabo de determinado tiempo, algo que podríamos denominar «alimentación continua» de las máquinas en que se produce la descohesión molecular, pero también una reacción química imparable, un «contagio» de las sustancias minerales, que se extendería progresivamente y con una velocidad uniformemente acelerada, de tal modo, que en el plazo máximo de tres meses, la Tierra habría desaparecido por completo, convertida en moléculas que irían dispersándose por el cosmos durante miles de millones de años.
«Ahora bien, lo que usted ignoraba, pero Rhagmussen lo hizo porque sospechaba, era que dejó una copia, una segunda libreta, en la cual no falta ninguna página. Esa libreta está ahora en poder del Consejo Superior de Recursos y Energía, entidad que se encargará, a partir de este momento, del funcionamiento de la planta y de la distribución de sus productos. Se le van a pedir responsabilidades, créame, y no saldrá bien parado sobre todo, cuando se divulguen sus tratos con Sturb.
--¡Los había roto ya! --chilló Lavery--. No pensaba venderle...
--Rectificó un poco tarde. Por otra parte, Sturb pensaba engañarle también; no disponía del dinero de que presumía. Y, además, actuaba para sí y no para su Gobierno.
--Yo soy la auténtica representante del Gobierno de Ittrex --declaró Phoebe--. Ya he entregado mis credenciales y mañana iniciaremos las conversaciones para la cesión de la fórmula.
--¿Por qué no lo dijo antes? --balbució Lavery.
--No podía tratar con un hombre capaz de ordenar el asesinato de un semejante --respondió la chica, despreciativamente .
Los hombros de Lavery se hundieron. Casi me dio lástima, pero, en el fondo, él tenía también su parte de culpa en la muerte de Nellie. El escándalo le arruinaría. El Gobierno declararía ilegales sus ganancias y le embargaría la mayor parte de sus bienes.
--Usted no contó con la astucia de Rhagmussen, el cual, temeroso incluso de que un día pudiera encontrar la segunda libreta, me hizo aprender la fórmula de memoria, con todos sus datos, incluyendo el, de la caja de seguridad en que tenía guardada esa segunda libreta. Me hipnotizó y así pudo actuar sobre mi mente, ordenándome olvidarlo todo, hasta que alguien me aplicase de nuevo su fórmula especial para aumentar la receptividad mnemotécnica en estado hipnótico. Ideó una clave y se la indicó a su hija...; pero en alguna ocasión, yo, dormido, debí hablar algo al respecto y entonces se enteraron de que conocía la fórmula.
--Fue el día en que viniste a comer, para celebrar el cumpleaños de Hester, y te quedaste dormido en una tumbona, fuera, en la terraza --añadió Phoebe--. Yo había venido a visitar a Lavery, para tantearle, y te escuché, pero no estaba sola. Sturb se hallaba en el despacho, con la

ventana abierta, y te oyó también, aunque se marchó antes de que te despertases.
--Parece que eso lo aclara todo --dije--. Señor Lavery, despídame de Hester.
--Mi dedo. --gimió el derrotado Lavery.
--Nunca le ha faltado --contesté.
Lavery se miró la mano. Estaba completa y «Jove» dormía apaciblemente en su rincón.
--¡Me engañaste! --gritó.
Pero Phoebe y yo estábamos en camino hacia la puerta. Y cuando salíamos, le pregunté algo.
--¡Ah, el «gravitius»...! --exclamó ella--. Se utiliza como fuente de energía en los motores interestelares, cuyo tamaño, sin pérdida de potencia, podrá reducirse enormemente a partir de ahora. Además, suprime los generadores antigravedad...
--De ahí el nombre --adiviné.
--Exactamente.
--Phoebe, tú y yo vamos a casarnos, me parece.
Ella me miró hechiceramente.
--Eso espero --contestó, risueña.
--Y aunque tengo algunos ahorros, me he quedado sin trabajo.
--Bueno, te puedo dar un empleo en mi oficina. ¿Te gustaría ser mi asesor en las relaciones con el Gobierno?
--Eso significa que tú me vas a pagar para que yo pueda mantenerte.
--Más o menos.
--¿Y te quedarás aquí?
--Algún día tendré que volver a Ittrex, para dar cuenta de mi gestión, pero luego regresaré a quedarme aquí para siempre. Naturalmente, deberás acompañarme...
--Con mucho gusto, aunque con una condición.
--Dime, cariño.
--Quítame estos poderes sobrenaturales. Puede que en Ittrex sean algo corriente y normal entre los nativos, pero a mí me gusta ser como soy. No quiero tener en el pie la fuerza de un cañón, ni volver las pistolas en pasta, ni volverme invisible...
Phoebe se colgó de mi brazo.
--En confianza, a mí también me gusta ser una persona normal --declaró.
Durante unos segundos, pensé en todo lo que me había sucedido durante aquellos agitados días. Recordé a Nellie, bárbaramente torturada..., y también recordé a sus asesinos, los cuales habían recibido ya el pagó de su salvajismo. Todo ella se había producido por la posesión de una formula que, vulgarmente definida, servía para disolver planetas, si no se aplicaba correctamente.

Pero la vida seguía. Y para Phoebe y para mí se abrían nuevas perspectivas.
Caminábamos tranquilamente, pisando un suelo sólido, firme, que ya no se convertiría en polvillo cósmico.

F I N